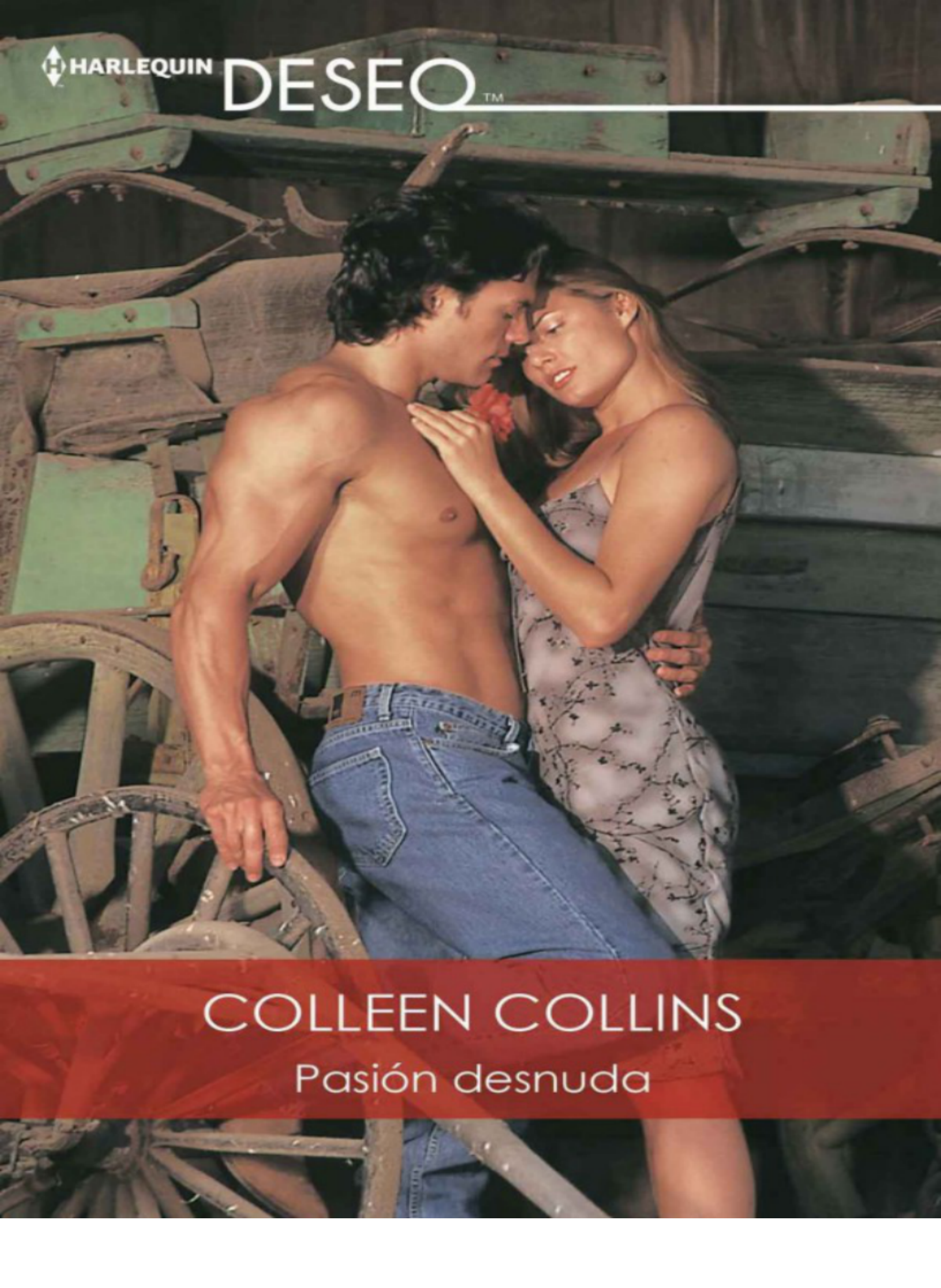

HARLEQUIN
DESEO™
COLLEEN COLLINS
Pasión desnuda

DESEO

COLLEEN COLLINS

Pasión desnuda



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Pasión desnuda, n.º 1028 - mayo 2019
Título original: Rough And Rugged
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

I.S.B.N.:978-84-1307-858-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo Uno

–Necesito un hombre de inmediato. No lo quiero para esta tarde, ni para mañana por la mañana. ¡Lo quiero ahora!

Tras aquel solemne imperativo, Caroline «Liney» Reed sacó la pitillera del bolso y se hizo con un cigarrillo. Lo apretó con el índice y el corazón y lo sostuvo en alto, agitándolo en el aire, mientras escuchaba las excusas del agente al otro lado del teléfono móvil. Liney se centró en las frases que le interesaban, obviando el resto.

–No –lo interrumpió, rompiendo el cigarrillo en dos simultáneamente–. El modelo que me mandaste no encaja, para nada, con la descripción que te di de lo que necesitaba. Te pedía un «John Wayne» y tú me has mandado un «Lord Byron». Eso es como pedir carne y que te manden un suflé.

Dejó caer los dos trozos de cigarrillo sobre el asfalto y los pisó con la afilada punta del zapato. Acto seguido los miró con deseo. ¡Maldición! ¡Ojalá no hubiera dejado de fumar la semana anterior! En aquel momento, habría podido cambiar su flamante BMW por una calada de insana nicotina.

Giró bruscamente, mientras seguía hablando por el móvil y paseaba de arriba abajo en el aparcamiento.

–*Cooking Fantasies* necesita que las fotos estén hechas el viernes, no el sábado. Acabo de meter a «Lord Byron» en un taxi y está de camino al aeropuerto de Cheyenne, para tomar el primer avión de vuelta a Nueva York. Yo necesito un hombre rudo aquí, mañana al amanecer, o tu agencia va a tener serios problemas.

El sonido de los tacones resonaba con rabia, mientras el agente le prometía que tendría un «John Wayne» a primera hora de la mañana. A pesar de estar absolutamente furiosa, decidió no dar ningún ultimátum más. Si el hombre que necesitaba llegaba al día siguiente por la mañana, podría completar el trabajo sin problemas y, en aquel momento, aquel era el objetivo que tenía en mente, dentro de su nuevo mundo sin nicotina.

–Bien –respondió ella–. Llámame en cuanto metas a mi hombre en el avión. Tendré el móvil encendido toda la noche.

Con un brusco adiós, cortó la línea. Después resopló exasperada y maldijo al mundo en general.

–¿Por qué demonios tengo que ser yo la que se encargue de todo?

–¿Necesita algo? –un vaquero vestido de arriba abajo como si acabara de salir de una película del Oeste, que estaba apoyado en una furgoneta roja, se dirigía a ella.

–No, gracias, Gomer. Solo me estaba desahogando –se puso un mechón de pelo extraviado de vuelta en su moño francés y miró a su ayudante. Si le hubiera podido quitar treinta años y haberlo metido en el gimnasio durante semanas, habría sido el hombre perfecto.

–¿Ha encontrado ya lo que necesitaba?

–Es posible. El agente de Nueva York asegura que el hombre adecuado estará aquí mañana a primera hora.

–¿Tienen «John Waynes» en Nueva York?

En las nueve horas que había compartido con Gomer, se había dado cuenta de que el hombre tenía la capacidad de hacer unas preguntas que tocaban el punto clave y sensible de la cuestión. Una vez más, la cuestión levantaba heridas, pues si no se podía encontrar un clon de John Wayne en Nueva York, su corta carrera de un mes en Harriman Enterprises habría acabado. Una carrera que los demás vicepresidentes de las oficinas de Los Ángeles no apoyaban, pues consideraban que, a sus veintisiete años, era demasiado joven y estaba demasiado «verde» para poder ser vicepresidenta de Print Comunications. El primer campo de pruebas era relanzar *Cooking Fundamentals*, una revista que estaba cayendo en picado.

Liney había aceptado el reto, dispuesta a demostrar que el premio que había ganado en el instituto, cuya leyenda era «la que más posibilidades tiene de triunfar», no había sido gratuito. Quería ganarse al público femenino de la revista, que suponía el ochenta por ciento de las suscripciones.

Para ello, había cambiado el nombre por el de «Cooking Fantasies», y había decidido que el primer número lo dedicaría a «un hombre rudo en la cocina», con un impresionante modelo que aparecería cocinando en el salvaje Oeste. Había asegurado que ella seguiría de cerca el desarrollo de aquella producción, lo que, generalmente, un vicepresidente jamás hacía. Sin embargo, aquella era su primera y última oportunidad de demostrar que iba por buen camino.

Todo aquello no habría sido necesario si Dirk Harriman no

hubiera decidido abandonar su flamante puesto en Los Ángeles, para trasladarse a las afueras de Cheyenne, Wyoming, a regentar un bar. Dirk Harriman era imprescindible en la carrera de Liney, pues recordaba en las mesas de reuniones a los vicepresidentes que ella contaba con un fuerte apoyo. Sin él, se sentía como si estuviera nadando desnuda en un mar de tiburones. Por eso, había decidido hacer las fotos en Cheyenne, con la secreta intención de tratar de convencer al todopoderoso Harriman de que regresara a Los Ángeles.

Liney se dio cuenta de que el viejo vaquero seguía observándola y en espera de una respuesta.

–¿Que si hay «John Waynes» en Nueva York? –repitió ella–. Pues espero que sí, Gomer, o me voy a ver forzada a ponerte a ti una sartén en la mano.

–¿Yo, un John Wayne? Me parece que va a tener que poner un montón de vaselina en el objetivo de la cámara, para que no se me vea, porque me parezco a John Wayne tanto como un toro a un zapato –el vaquero se quitó el sombrero y señaló el bar–. Hace un calor del demonio. Voy a entrar a tomarme un té frío, y le sugiero que haga lo mismo, si no quiere derretirse aquí mismo, como un helado de fresa en su cucurucho.

«Helado de fresa». Ese era el mejor apelativo que le habían puesto en los últimos tiempos. En la oficina, preferían llamarla «la dama dragón». Si allí supieran que alguien la había nominado bajo el concepto de algo tan dulce como un helado de fresa, habrían discrepado, sin duda alguna. Aunque, quizá, se habrían quedado con lo de «helado».

La verdad era que lo de «dama dragón» le dolía. Sabía que estaba presionando demasiado a sus empleados. Pero, ¿no se daban cuenta de que lo hacía por la empresa?

Cuando llegaba a casa por las noches, se consolaba a sí misma diciéndose que aquellos motes eran parte del precio que había de pagar por tener éxito en la vida. También se decía que eso le ocurría por ser una mujer. A un hombre se le permitía ser duro y ambicioso, rasgos imperdonables en una fémina.

A pesar de todas aquellas justificaciones y explicaciones que se daba, había decidido dejar de fumar, con la esperanza que lo de «dama dragón» fuera cayendo en el olvido.

Un sonoro estruendo interrumpió sus pensamientos. Se volvió hacia la carretera de la que procedía el ruido, y vio una nube de polvo que perseguía a una gran bestia de color negro y cromo. Según se iba acercando, el sonido se intensificaba, llenando el

espacio con un rugido profundo y prolongado que a Liney le pareció como un huracán que se precipitaba contra ella.

En mitad del polvo y el metal, había un hombre sentado, con el pelo negro volando libre y salvaje, como si alguna fuerza interna estuviera a punto de desatarse. Su cuerpo grande y musculoso se apoyaba confiado en el respaldo del asiento, y conducía la bestia con sin igual facilidad, lo que le provocó a Liney sudores en la espalda. Sus brazos morenos por el sol llevaban hasta dos robustas manos que agarraban con firmeza el manillar elevado, y uno de sus bíceps exhibía gozoso un tatuaje. Tenía, además, un aire de seguridad que decía lo poco que le importaba lo que el mundo pensara.

En el momento en que entró en el aparcamiento del bar, Liney no supo si correr o quedarse donde estaba. Optó por lo último, sencillamente porque sus piernas no respondieron para hacer lo primero.

El motor gruñó varias veces como un león furioso y el motorista condujo en círculos, hasta detener la maquinaria.

Ella no podía apartar la mirada de él. Buscó en el bolso la pitillera y, al tocar el duro borde de la caja, tomó conciencia de la musculatura de aquellas piernas envueltas en un pantalón vaquero. Un hombre de aquella talla, ¿cómo conseguía ropa alguna? Seguramente, la única opción sería llevarlo a una fábrica, desnudarlo y envolverlo en metros de tela. ¿Cómo si no?

Aquellas sugerentes imágenes se paseaban por la cabeza de Liney, provocándole sudores que traspasaban la fina tela de seda. Sabía que el vestido debía de estar completamente pegado a su torso.

El vaquero se bajó de la moto y ella bajó la vista. Llevaba unas botas negras como la máquina, y eran rudas, como el hombre. Cuando, finalmente, paró el motor, Liney pensó que también se había detenido su corazón.

De pie, el individuo era alto, muy alto. Estiró sus largos brazos y agitó la cabeza como un animal sacudiéndose el sudor. Llevaba una camiseta blanca que le marcaba el torso musculoso.

Ella trató de parar el temblor de sus piernas apretando las rodillas.

De pronto, se dio cuenta de que no necesitaba ningún «John Wayne» enviado desde Nueva York. El hombre ideal, fuerte, duro y salvaje que buscaba estaba allí, delante de ella, como un regalo del cielo. Era exactamente lo que necesitaba. Lo tenía todo, todos los ingredientes necesarios: una cucharadita de «chico malo» a lo Bruce

Willis, una pizca de esa mirada sombría a lo John Travolta y una taza completa de George Clooney.

Las mujeres no solo probarían las recetas sino que, seguramente, acabarían rebañando las páginas de la revista. Las ventas se dispararían, su carrera permanecería intacta y se acabaría lo de «dama dragón», dando paso a «la vicepresidenta».

La receta perfecta se encaminó hacia ella mientras se quitaba los guantes de cuero. Sus ojos negros la miraron de arriba abajo.

–¿Está usted bien? –le preguntó con una voz profunda, e inesperadamente dulce.

A tan corta distancia, el hombre olía a una exuberante mezcla de sudor y loción para el afeitado. Ella cerró y abrió lentamente los ojos. Menos mal. Era real, no un espejismo.

–Sí, estoy bien –respondió ella–. Y usted es perfecto.

Él pareció contrariado ante semejante respuesta. Se metió los guantes de piel en el bolsillo trasero del pantalón y murmuró algo.

–Lo pregunto por eso –señaló con la mirada los cuatro cigarrillos que había estrujado en la mano.

–Debo haber… –«Debo haberlos apretado mientras fantaseaba sexualmente con usted», pensó, pero no lo formuló en alto–. Ha sido un accidente.

Rápidamente se sacudió las manos y tosió para distraer su atención.

La miró preocupado.

–¿Cuántos cigarrillos fuma al día?

Ella echó los hombros hacia atrás, en un gesto defensivo del que se arrepintió inmediatamente. Si él no había visto el sudor que cubría la camisa de seda, sin duda, acababa de verlo.

–No fumo –dijo ella, cruzando rápidamente los brazos sobre el pecho–. Los llevo solo porque me dan buena suerte.

No tenía ni idea de por qué había hecho ese comentario, pero lejos de admitirlo, mantuvo el rostro inexpresivo, como si supiera, exactamente, de qué estaba hablando. Esa era una táctica que le funcionaba con sus compañeros de trabajo. Quizá también funcionara con hombres duros como aquel.

–Bueno, esos «amuletos» no harán sino acortarle la vida. Yo también he sido ex fumador y sé cómo es la batalla –antes de que ella pudiera argumentar nada, él continuó. Se puso en camino hacia el bar y preguntó–: ¿Conoce a Belle, la propietaria?

No la conocía personalmente. Pero tanto ella como el resto de los miembros de su equipo de Harriman Enterprises conocían la historia de Dirk y de cómo se había enamorado y casado con una

bailarina llamada Belle O'Leary, que tenía un bar en Cheyenne, Wyoming.

–Belle y Dirk han salido a cenar –Liney lo sabía porque Gomer la había llevado hasta aquel bar, el Blue Moon, para hablar con Dirk sobre el desventurado «Lord Byron» que le había mandado la agencia. Pero Dirk y Belle estaban fuera otra vez, en una de esas citas de recién casados. Liney no había visto jamás a dos personas tan enamoradas como aquellas. Estaba empezando a pensar que Dirk había perdido realmente el juicio.

Una sombra cruzó el rostro del desconocido.

–He conducido durante tres días para ver a Belle. Supongo que podré esperar una hora más.

Acto seguido, se volvió y se dirigió hacia su moto. Liney lo siguió. Tenía que empezar a convencerlo para que fuera «su hombre rudo».

–¿Por qué no pasamos dentro y nos tomamos un té frío? –dijo ella, imitando la frase de Gomer.

Él la miró por encima del hombro y alzó una ceja.

–¿Un té frío?

Ella se encogió de hombros y trató de no mirar el vello que se dejaba adivinar por el cuello de la camiseta, trató de no imaginar cuánto más habría en su torso y en su espalda.

–Sí, té –respondió ella–. Té.

La verdad era que ella habría dado cualquier cosa por un buen café, pero esa no parecía ser la especialidad del bar Blue Moon. Hacía un rato, lo había intentado con un café solo, pero después de dos sorbos lo había dejado, para evitar que le saliera pelo en el pecho.

El hombre se acercó hasta su moto y buscó en la bolsa de cuero que llevaba a un lado, hasta que encontró su cartera. Sin tan siquiera volverse, le hizo una pregunta.

–Lo del té está bien pero, ¿es eso realmente lo que quiere?

¿Qué era lo que les ocurría a los hombres? Gomer había metido el dedo en la llaga en primer lugar y aquel hombre lo estaba haciendo con idéntica precisión por segunda vez en el mismo día. Antes de poder pensar, su lengua se puso en marcha.

–Si no quiere tomarse un té conmigo, todo lo que tiene que hacer es decir que no, sin necesidad de leer en mis palabras una segunda intención que no tengo.

Él se detuvo de golpe, dejando todo su cuerpo inmóvil, con la única excepción de un músculo, que realizó un pequeño espasmo. Se dio la vuelta lentamente y miró con desprecio su moño francés.

Iba peinada igual que su ex prometida, Charlotte, y mostraba, como ella solía hacer, muy poco respeto por un hombre que se acababa de bajar de su moto después de muchas horas de viaje. No estaba dispuesto a dejarse avasallar por otra mujer con moño y traje de diseño.

–En los últimos tres días, he conducido varios cientos de millas desde Los Ángeles. He tenido que soportar lluvias torrenciales, tragarme el asfalto cuando mi moto se encontró con una mancha de aceite y, ahora, tengo que tragarme su impertinente respuesta, solo porque le he preguntado a una extraña por qué me está invitando a té –la voz se hizo aún más profunda–. Sea lo que sea lo que quiere, está claro que debe tener mucha necesidad.

Ella se ruborizó, y lo miró con aquellos inmensos ojos marrones de niña necesitada. Se pasó la lengua por los labios y susurró su respuesta.

–Tengo una proposición de negocios que hacerle.

Él miró el bar, con aquella gran luna sobre un cartel de neón que decía «Blue Moon», y los carteles que ofrecían pollo frito. Luego miró a la mujer que tenía delante. Gracias a Charlotte, sabía que el vestido era Molinari, los zapatos de Gucci. ¿Qué demonios hacía una dama de la alta sociedad en un bar de Cheyenne, Wyoming, haciéndole una proposición de negocios?

Estaba cansado, acalorado y ansioso de acabar cuanto antes con aquel encuentro, así que le lanzó su peor mirada, aquella que acobardaba a cuantos hombres se ponían delante. Pero ella ni siquiera parpadeó. Él tuvo la impresión de que estaba acostumbrada a enfrentarse a miradas semejantes.

De pronto, creyó entender de qué se trataba todo aquello. Era una proposición de negocios… Recordó cómo Charlotte y sus amigas le habían hablado en una ocasión de una Madame que había hecho más dinero con su negocio en Beverly Hills que el mejor cirujano plástico de la ciudad. Miró a la mujer que tenía delante. ¿Sería aquella mujer de clase una prostituta? Le costaba asumir la idea de una Madame en el bar Blue Moon. De pronto, recordó los casetes de autoayuda que había escuchado mientras viajaba. «Uno atrae aquello que teme». Si eso era verdad, aquella era sin duda una personalización de Charlotte, aunque ella jamás le habría hecho una proposición deshonesta delante de un bar en el que se comía pollo frito.

Quizá los tiempos estaban muy mal y las mujeres de la noche tenían que trabajar durante el día en un remoto bar de ninguna parte.

–Lo siento –dijo él en un tono totalmente civilizado–. Pero no estoy interesado en… sexo.

Ella levantó la barbilla y frunció el ceño.

–Creo que será mejor que empiece de nuevo, porque ha habido un malentendido–dijo ella–. Me llamo Caroline Reed, pero todo el mundo me llama Liney. Soy la vicepresidenta de Print Comunications, parte de Harriman Enterprises. Lo que querría es contratarlo yo a usted durante unos días, no a la inversa, para que sea la estrella de mi revista. Estoy segura de que usted es el tipo de hombre que gusta a las mujeres –lo miró de arriba abajo como si estuviera tasándolo–. Pero, por favor, no vayamos a entrar en discusión otra vez. Pasemos y tomemos algo.

Ella se encaminó hacia el bar. Él la miró y notó cómo balanceaba su cuerpo delgado, envuelto en un fino vestido de seda.

Había viajado muchas millas para huir de su ex prometida, una mujer culta y correcta como la que acababa de hacerle «una proposición de negocios».

Charlotte había logrado disuadirlo, incluso, de que tomara clases de baile de salón, para que se convirtiera en el hombre que ella quería. Después de que su relación acabara, se dio cuenta de que a la única persona que uno podía cambiar era a uno mismo.

Con la intención de mejorar su vida, se había pasado los tres últimos días conduciendo y escuchando cintas que lo incentivaban a seguir sus sueños y alimentar su espíritu. A sus treinta y cinco años, Raven había decidido crear un nuevo hombre por dentro, no por fuera, como quería Char. Su sueño era abrir un taller de reparaciones, pero, en lugar de la típica imagen de un lugar grasiento lleno de carteles de mujeres desnudas, él quería una tienda llena de comida sana y libros inspiradores del alma. No solo quería arreglarle a la gente sus motos, sino también su espíritu. Para conseguir lo que quería, sabía que tenía que encontrar trabajo al llegar a Cheyenne, pero nunca pensó que su primer trabajo sería…

–¿Qué es lo que quiere que sea? –preguntó él mirándola con cierta sospecha.

–La estrella de mi revista.

–¿Por qué?

–Porque es… Es el modelo perfecto para mi hombre rudo del mes.

De nuevo se cernía sobre él la sombra de Char. También había querido que fuera su chico malo, hasta que descubrió que no encajaba en su estilo de vida.

–No soy actor.

–Modelo –lo corrigió ella.

–Da lo mismo. Estoy creando un nuevo yo, pero no para convertirme en el «hombre rudo» de algún anuncio que acabará obligando a la gente a comprar cosas que no quiere.

Ella lo miró con un brillo especial en la mirada y le tendió la mano, haciendo caso omiso a su negativa.

–Aún no sé su nombre –dijo ella.

Él la miró pero no pudo negarse a estrechársela. Al tocar su pequeña y delicada mano, se sintió demasiado grande y algo patoso.

Durante unos segundos se quedaron así. El calor de su piel atravesó la de él, penetró en sus músculos y llegó hasta sus huesos. El estómago le dio un vuelco y notó un movimiento de sorpresa en los dedos de ella. ¿Acaso habría sentido lo mismo? Con una risa nerviosa, apartó la mano.

–Raven, la revista no vende nada. Solo da recetas de cocina.

–¿Cocina? –apretó el puño, seguramente por causa de un retortijón de hambre y admitió–. Me gusta todo lo relacionado con la cocina.

–Pues de eso es de lo que se trata, de cocinar en una cocina al aire libre. Estoy haciendo un reportaje para una revista que se llama *Cooking Fantasies*, cuyo nombre anterior era *Cooking Fundamentals.*

–Sí, claro, la conozco –asintió él–. Era buena, pero un poco pasada de moda. Char y yo, bueno, más bien yo, hice algunas de las recetas.

–¿La conoce, entonces? –dijo ella con entusiasmo.

A Raven le gustaba cómo se le iluminaba el rostro cuando sonreía. La tensión desapareció, y ella señaló el bar.

–Vamos dentro. Le voy a contar cómo la revista va a olvidar su pasado polvoriento… –la mujer se encaminó una vez más hacia el bar hablando sola, con un entusiasmo que, desde luego, Charlotte jamás había sentido por nada que no fuera ganar o perder peso. Al menos, Liney tenía una pasión que no era la grasa corporal.

¿Era su imaginación o acababa de detectar aroma a vainilla? Inhaló con fuerza, y comprobó que el olor estaba aún en el aire. Vainilla. Casi gimió de placer. Un aroma culinario mezclado con esencia de mujer convertía a Raven en un combustible más inflamable que la gasolina. La siguió con la mirada. Andaba con determinación, como si tuviera muy claro adónde iba. La verdad era que Raven la envidiaba por ello, sobre todo en aquel momento en el que tenía que empezar a vivir de nuevo.

Sin embargo, precisamente por eso, debía mantener el foco en su

objetivo y no dejar que una cara bonita lo apartara del camino. En las últimas semanas, había maldecido al género femenino en general unas cien veces. A pesar de eso, y de haber contado hasta diez antes de actuar impulsivamente, la siguió hacia el bar.

«Voy a discutir un negocio», se dijo para justificarse. «Después de todo, si quiero abrir mi propio taller de motos, voy a necesitar dinero».

Mientras farfullaba otras cuantas razones, seguía a la señorita «Vainilla», mientras se deleitaba con la visión de su trasero, que se ondulaba sugerente bajo la seda del vestido. Una brisa cálida colaboró en la labor e hizo que la fina tela se pegara a sus piernas.

Maldijo a las mujeres por enésima vez y se preguntó cuántas veces más lo haría en los próximos días.

Capítulo Dos

–Todo lo que tiene que hacer es firmar abajo y se convertirá en mi «hombre rudo del mes» –Liney se quedó inmóvil y parpadeó rápidamente–. Quiero decir en el «hombre rudo» de *Cooking Fantasies*.

Con total profesionalismo, posó el documento sobre la formica blanca y con rayas doradas de la barra del bar y le señaló el lugar en el que debía imprimir su firma.

Raven agarró el bolígrafo y se volvió, distraído momentáneamente por el ruido de platos y el murmullo de los comensales y se centró en sus pensamientos. «Tiene sentido firmar».

Durante una hora, Liney había invertido todos sus esfuerzos en explicarle a Raven la nueva imagen de la revista, y lo importante que era el primer número, titulado, *Un hombre rudo en la cocina*.

Raven nunca había visto a nadie entusiasmarse con una revista de cocina, tanto como podía llegar a entusiasmarse él. Solo eso era motivo suficiente para decir que sí. No obstante, y siendo totalmente honesto consigo mismo, tenía que reconocer que el dinero también era un aliciente. En cuatro días de trabajo habría ganado lo suficiente para montar el taller–librería de sus sueños.

–¿Hay algún problema? –preguntó Liney.

Una camarera entradita en años se aproximó a ellos.

–¿Están usando el ketchup?

Liney negó con la cabeza y la mujer agarró el bote y se alejó.

Ella volvió su atención a Raven.

–Cuando agarré la copia del contrato de la oficina de Dirk, era perfectamente legible –desde que Dirk vivía allí, la habitación trasera del bar se había convertido en su oficina.

Ella se inclinó sobre el formulario, para comprobar si era o no legible.

Raven tuvo que controlar sus impulsos que lo instaban a dejarse perder en las delicias de aquel aroma a vainilla. Ese, precisamente, era su problema. Podía ser que, en aquel instante, ella pareciera totalmente accesible, pero la realidad era que se trataba de la

vicepresidenta de una gran compañía, por lo tanto era toda una mujer de negocios. Él no iba a ser sino la mascota de su proyecto. «Atraes aquello que temes». ¿Había recorrido tantas millas para terminar metido en otra relación con una clon de Char? Aquel pensamiento pudo haber sido motivo suficiente para que saltara de su asiento y se apresurara a salir por la puerta. Pero estaba harto de huir.

Respiró profundamente y cerró los ojos, tratando de recordar las sabias palabras de su aliado de viaje, «El hombre con corazón», en su casete, «La inteligencia del corazón». Respiró y se dijo a sí mismo que lo de ser un hombre rudo acabaría en cuatro días y que era un buen trato.

Abrió los ojos, se inclinó sobre el papel y firmó. Inmediatamente después, oyó a Liney hablando por teléfono y diciéndole a alguien que «cancelara a John Wayne».

En cuanto terminó, agarró el contrato.

–Hasta la letra es adecuada –dijo, admirándola como si fuera un valioso objeto de arte–. Es intensa, masculina y completamente ilegible.

El resentimiento corrió por las venas de Raven. ¿Es que iba a realizar exactamente la misma rutina que Char? Porque aquella mujer lo había cambiado todo en él: su forma de hablar, de vestir, incluso el modo de masticar. ¡Pero nadie conseguiría cambiar su forma de escribir! Eso era como obligarlo a que se hiciera diestro.

Feliz y contenta con su conquista, Liney sonrió satisfecha.

–Todo, absolutamente todo, encaja con su apariencia de «hombre rudo». Ese trazo grueso y decidido podría hacer palidecer incluso al mismísimo Zorro.

De acuerdo, si era eso lo que opinaba, le perdonaría lo de «ilegible».

Liney dobló meticulosamente el contrato y lo metió en su cartera con sumo cuidado y precisión.

–¡Excelente! Ya estamos juntos en esto –se apartó un mechón de la cara y miró el reloj que había en la pared–. Son las seis. Hora de cenar. ¿Tiene hambre? A Raven volvió a darle aquel doloroso retortijón. Se agarró al frío borde de la barra, tratando de controlar el repentino ataque de deseo carnal que inesperadamente lo había poseído. Estaba muy cansado, eso debía de ser lo que le pasaba. Y, además, se había quedado completamente solo, después de todo lo que había pasado. Estaba seguro de que hasta un taladro con pechos le parecería bien.

–¿Tiene hambre? –repitió ella.

–Ciento tres –dijo él y se mordió la lengua. ¿Cuándo aprendería a controlar sus pensamientos?

–¿Qué?

–Sí, sí tengo hambre –farfulló él. No había comido nada desde aquel taco mexicano que se había tomado a las afueras de Salt Lake. Agarró dos menús y le dio uno a Liney.

–Yo invito –dijo ella.

–Yo pago –respondió él. Debía de tener unos veinte dólares en la cartera. Pero el dinero era lo de menos. Que acabara de firmar un contrato en el que se vendía a sí mismo no quería decir que estuviera dispuesto a permitirle a ella que tomara el control de todo. Su experiencia con Char lo había enseñado a tener cuidado con ese tipo de cosas.

–Ni hablar, Raven. Esto va por cuenta de la empresa –mientras leía la carta, profirió un exasperado gemido de insatisfacción–. ¿Es que aquí todo es grasiento?

Sabía ya que Liney tenía otras pasiones aparte del tema de la grasa corporal, pero el comentario despertó los recuerdos dormidos de cada comida que había compartido con su ex prometida.

Otra protesta se elevó en el aire.

–¡Todo lleva salsa! ¿No se dan cuenta de la grasa que tiene?

–¿Por qué no chupa un par de limones? Tienen un cero por cien de materia grasa –tras aquel incisivo comentario, fingió estar centrado en la lectura de su menú. No obstante, sabía que lo estaba mirando furiosa.

–¿Chupar…?

–¿Van a pedir ya? –preguntó una animosa jovencita llena de rizos castaños. Tenía en la mano un cuaderno y un lápiz, y parecía totalmente ignorante de haber interrumpido una batalla sobre grasa.

–Este pollo que tienen aquí parece apetitoso. ¿Qué lleva?

–Pues lleva pollo, pimientos, maíz, zanahorias, y otras verduras, todo encima de un plato de arroz.

–No parece ser muy grasiento. Yo quiero eso –dijo Raven con doble intención. Sin duda, había dado en la llaga, lo que lo satisfacía plenamente. Después de meses andando de puntillas alrededor de Char, le agradaba poder decir lo que pensaba.

La chica tomó nota y, después, miró a Liney, que parecía congestionada y nerviosa.

–¿Y usted?

Liney golpeó con un dedo el menú.

–Veamos –dijo–. ¿Tenéis fruta?

–Solo de lata.

–De acuerdo, pues un zumo de manzana, una tostada sin mantequilla y una ensalada, solo con limón –miró a Raven y cerró el menú en un gesto desafiante.

Cuando la camarera se marchó, Liney y Raven se quedaron en silencio. Finalmente, ella habló.

–Porque trate de evitar grasa en las comidas, no significa que sea una persona amarga.

–Yo no he dicho que fuera una persona amarga.

–Me ha dicho que por qué no chupo unos limones. Es lo mismo.

Aquella vicepresidenta de una gran empresa era por dentro como una niña necesitada. La idea lo enterneció, así que tendió una mano y la posó sobre la de ella. Entonces recordó otra frase de su casete de autoayuda: «Di lo que sientes cuando lo sientes. No esperes a que las cosas ya no tengan remedio». Él y Liney iban a trabajar juntos durante los próximos cuatro días y era mejor que aclarara el malentendido cuanto antes.

–Lo siento –le dijo–. No debería haber hecho ese desagradable comentario del limón. Supongo que ha sido lo de la obsesión por la grasa lo que me ha puesto furioso.

No le explicó nada más, no mencionó a Char.

Liney lo miró con los ojos húmedos.

–Gracias –inmediatamente alzó la barbilla y continuó–. No soy ninguna amargada, ¿sabe? –se tocó el lagrimal, como si quisiera sacarse una pestaña, pero él ya había visto las lágrimas que querían emanar furtivas–. Si tuviera que ponerme un apodo, ¿cómo me llamaría?

Aquella era una pregunta muy extraña. Pero Raven se dio cuenta de que estaba intentando desesperadamente luchar contra lo que sentía. Se preguntó cuántas veces habría estado aquella mujer en una sala de reuniones, vestida con su traje, y actuando como si no tuviera ni una sola hormona, por miedo a que los hombres la desvalorizaran por su debilidad femenina. Gracias a su gran amiga Lizzie, había aprendido a respetar a las mujeres. Lo mínimo que podía hacer era demostrarle a Liney que no era como los demás individuos de su género.

–Veamos –dijo él, jugando al juego que ella había establecido.

El primer apodo que le vino a al cabeza fue el de «el pequeño general», pero rápidamente lo descartó. Habría sido tan inadecuado como el comentario de los limones. La miró de arriba abajo: llevaba un vestido de color crema y tenía la piel suave y blanca.

–«Conejillo».

–¿Parezco un conejo? –la miró de nuevo.

–Pétalos de rosa.

–¿Tengo un aspecto tan cursi?

–No. Es por los labios –«rosados, suaves». Retrocedió, al darse cuenta de que se estaba inclinando peligrosamente sobre ella–. Apartó los ojos –. Quiero decir que los labios suelen ser suaves.

–Ya –dijo ella con una sonrisa satisfecha–. Cualquier día voy a adoptar ese apodo.

Se quedaron en silencio, con las manos unidas. Ella estaba más relajada, y cuando olvidaba sus preocupaciones, parecía más joven, le brillaba la mirada.

Raven sintió un deseo inexplicable que lo instaba a pasarse el resto de su vida haciéndola reír, ayudándola a librarse de las cosas que realmente no importaban. En el momento en que ese pensamiento irrumpió en su mente, metió la marcha atrás.

«Ten cuidado. Estás haciendo manitas con tu jefa. Y eso es lo mismo que si estuvieras con Char. Sabes dónde te llevará una situación así, sabes en lo que te convertiste con ella. Te convertiste en un…»

–¿Pollo? –dijo la camarera y miró interrogante a los dos.

–Para mí –respondió Raven. En el embrollo de platos que se iban depositando sobre la mesa, tuvo que quitar la mano de la de Liney, quien no pareció percatarse, pues estaba muy ocupada recabando sus propios platos.

Cuando aquella actividad hubo acabado, miró a Raven, que parecía absorto en la laboriosa tarea de buscar un guisante en un plato de arroz, mientras farfullaba palabras sin sentido. Parecían números.

–¿No me diga que está contando las calorías? Él la miró con rabia.

–No –gruñó.

Su momento de camaradería se había esfumado. Hombres. Ni intentar comprenderlos.

Liney agarró la tostada y la examinó cuidadosamente. No parecía tener mantequilla. Pero en aquellos lugares nunca se sabía. Dejó la tostada sobre el plato y comenzó a limpiarla con la servilleta de papel. Después la examinó a contraluz.

–¿Qué era antes de trabajar para una revista, inspectora de sanidad?

Dejó la servilleta en la mesa.

–No –respondió en tono cortante–. Trabajaba como subdirectora en el departamento de marketing de Cirrus.

–¿La compañía petrolífera?

Ella no respondió inmediatamente. Se quedó inmóvil, luchando contra la urgente necesidad de fumarse un cigarro. Aquel hombre y el tono incisivo de sus preguntas la estaban poniendo muy nerviosa.

–No tiene por qué darme conversación, ¿sabe? Puede comer tranquilamente y dejarme en paz, sin meterse conmigo –mordió la tostada.

Comieron en silencio durante varios minutos. Pero, pasado un rato, Liney empezó a tener serios problemas para vencer a la tentación de mirar lo que él estaba haciendo. Se odiaba a sí misma por aquella curiosidad insensata. Se sentía como si estuviera sufriendo una regresión a la adolescencia.

Después de jugar durante un rato con la ensalada, no pudo más y se volvió hacia él.

Se encontró con sus ojos, en una mirada fría y distante que, inesperadamente, se convirtió en un guiño.

¡Aquel hombre era imposible! Furiosa, hundió el tenedor en la ensalada y se metió un montón de lechuga en la boca. Pero, inmediatamente, se arrepintió de su acción, pues se sentía incapaz de masticar y, aún más, de tragar.

–Liney, me tengo que ir –una voz cascada y áspera interrumpió sus pensamientos.

Miró a Gomer. Dudó unos segundos, se tragó la lechuga y, al fin, habló.

–Me voy contigo –dijo–. Necesito que alguien me lleve de vuelta.

Tanto ella como el equipo técnico se alojaban cerca del lugar donde se iba a realizar el reportaje.

Gomer miró el plato aún lleno.

–Tiene que comer, si no el viento de Wyoming se la va a llevar. Me gustaría poder esperar, pero tengo que ir a comprar unas cosas. ¿No hay nadie que la pueda llevar?

–Yo la llevaré –Raven le tendió la mano al viejo–. Soy Raven.

–Hola. Soy Gomer.

Los dos se dieron la mano en tan masculino estilo, que Liney sintió deseos de huir. Sentía que acababan de sellar un pacto sobre su destino, tal y como lo hacían los vicepresidentes de Los Ángeles. No sabía si aquella sensación tenía que ver con estar en una región de vaqueros, donde los hombres eran hombres y las mujeres solo guarnición. Y, hablando de guarniciones, ella apartó las suyas en un gesto claro de querer marcharse con Gomer, aunque este ya estaba a punto de llegar a la puerta.

Con decisión, giró el taburete, puso los pies en tierra e impulsó

el cuerpo para seguir al viejo vaquero, con tan mala suerte que el vestido, que se había quedado enganchado en el asiento, permaneció en su sitio, mientras el cuerpo avanzaba.

Como si de una pesadilla se tratara, se encontró ante un comedor lleno de gente enseñándolo absolutamente todo. En una mesa cercana, una familia la miraba boquiabierta. Desde el otro extremo de la sala, un niño la señalaba.

–Mira, mira, una señora sin ropa.

Liney emitió un sonido agudo y Raven reaccionó, colocándose delante. Por suerte, su gran tamaño sirvió de pantalla para taparla de arriba abajo.

–Soy una patosa. Se me ha quedado el vestido enganchado en el taburete.

–Sí, de eso me he dado cuenta. Me refiero a lo del vestido.

–¡Pues no se le ocurra mirar para abajo!

–No voy a volver a mirar, quiero decir, bueno… he mirado porque he oído un sonido chirriante que parecían los frenos de un tren, y resulta que era usted… –la rodeó con los brazos–. Agárrese a mí.

Liney lo hizo pues era la única opción que le quedaba, mientras él trataba de desenganchar el vestido.

Rodeó el inmenso cuerpo de Raven con los brazos y su pecho se encontró con el de él.

–¿Está bien? –le preguntó él directamente al oído.

Una oleada de calor descendió por le cuello de Liney que, temerosa de acabar emitiendo otro sonido chirriante, prefirió limitarse a asentir.

–Ya está desenganchado el vestido –anunció él.

Durante unos segundos, Liney dudó seriamente entre considerar aquella una buena o una mala noticia.

–Gracias –acabó por susurrar.

–De nada –dijo él y esperó unos segundos–. Ya me puede soltar.

Ella se dio cuenta de que le estaba clavando los dedos en la espalda, como un gato que tratara de escalar o, en su caso, como una mujer que hacía mucho que no tenía un hombre entre sus brazos.

Raven se apartó y ella se cubrió con el vestido.

–Estoy temblando de tal modo que no puedo ni andar –le dijo ella, temerosa de que, después del espectáculo que acababa de dar, encima acabara teniendo que salir del local a cuatro patas.

–No tenemos que ir a ningún sitio de momento. Vamos a terminar de cenar y luego la llevaré a donde tenga que ir.

Se sentó de nuevo en el taburete. Pero tuvo que sujetarse las rodillas para que le dejaran de temblar.

–Levante la pierna y móntese –le dijo él impaciente. Era todavía de día y el sol brillaba con fuerza. Hacía mucho calor.

–No puedo hacer eso. Para levantar tanto la pierna, también tengo que levantarme el vestido, y no estoy dispuesta a dar el espectáculo por segunda vez. Mire a toda esa gente –las ventanas del bar estaban repletas de curiosos–. ¿Es que la gente aquí no ve la televisión?

–Prefieren el espectáculo en vivo.

–Pues yo no estoy dispuesta a dar ningún espectáculo más. Voy a llamar un taxi –sacó el móvil.

–Estamos a diez millas de la ciudad. Un taxi tardará por lo menos treinta minutos en llegar. Se está haciendo tarde y ya le he dicho que no la voy a dejar sola aquí.

La lógica no funcionaba con ella. Así que había llegado la hora de hacer algo. Sin esperar más, se inclinó y la agarró en brazos al más puro estilo «hombre de las cavernas». El viejo Raven estaba otra vez allí, el que actuaba antes de pensar.

–¿Se ha vuelto loco? –gritó ella, tratando de soltarse–. ¡Bájeme ahora mismo, cretino!

Trató de darle una patada, pero él le sujetó la pierna con fuerza. La acercó al asiento.

–¡Abra las piernas!

Lo que abrió fue la boca.

–¡No me puedo creer lo que estoy oyendo!

–O las abre usted o se las abro yo.

Con un gesto dramático, hizo lo que le había ordenado. Él la posó suavemente en el asiento.

Tras ponerse los guantes, él se sentó ante el manillar y arrancó el motor. Giró la cabeza y la miró.

–¿Es la primera vez?

–¿La primera vez que qué?

–La primera vez que monta en moto.

No respondió de inmediato.

–Sí, lo es.

Por el espejo retrovisor, vio cómo metía el teléfono en el bolso y algo le hizo preguntarse en qué otras cosas carecía de experiencia. Sin saber por qué, aquel pensamiento lo entristeció.

–Agárrese, y disfrute del viaje. Está en buenas manos.

La camarera del Blue Moon les había dicho que había un motel a unos minutos de allí, en la autovía. Habían decidido que, aunque tenían instalado el campamento en el lugar en el que iban a hacer las fotos, era mejor que ella se quedara cerca y Raven pasara a buscarla a la mañana siguiente, para evitar que él pudiera perderse.

Raven necesitaba ver a Belle, pues le había prometido prestarle una habitación que había en la parte de atrás del bar, en tanto en cuanto no tuviera dinero.

Hacía un mes, había oído rumores de que Belle había abierto un bar restaurante y que no sabía ni lo que era una sartén, de modo que le había enviado uno de sus libros de cocina favoritos.

Unas semanas más tarde, ella lo había llamado para agradecérselo, y había descubierto que ya no vivía en Bel Air con su rica prometida, que lo había abandonado de muy mala manera y le había partido el corazón. Inmediatamente, le había ofrecido que fuera a Cheyenne, argumentando que su marido había hecho un viaje parecido y que le encantaría contárselo. Raven había aceptado la oferta.

El motel apareció a la derecha. Tenía un gran cartel de neón que decía «Silver Spur».

Raven entró en el aparcamiento, detuvo la moto y se bajó. Cuando le tendió la mano a Liney, ella lo miró incierta.

Después de un espectáculo de contorsionismo dado para poder bajarse de la moto sin levantarse la falda, logró poner los pies en tierra. Se estiró el vestido y se dirigió a la oficina del motel sin mediar palabra con Raven.

El viento había desbaratado su pulcro moño, haciendo que pareciera la novia de Frankenstein. Esperaba que al recepcionista le gustaran las películas del terror.

A pesar de su fría marcha, se quedó esperándola, pues tenía que admitir que aquel gesto de haberla agarrado y haberla puesto en la moto había sido, como ella había dicho, bastante cretino. Tenía que pedirle disculpas.

Cuando salió de la recepción, se sorprendió de verlo allí. Su rostro se tensó y pasó a su lado con la llave resonando en la mano.

–Ya se puede ir –le dijo con desprecio.

Él la siguió, tal y como había seguido un millón de veces a Charlotte, y tal y como había jurado que jamás volvería a seguir a ninguna otra mujer.

–Lo siento –le dijo–. La he agarrado así porque quería que se subiera a la moto de una vez.

Ella se detuvo tan de golpe que él casi se choca con ella. Sin tan

siquiera volverse, le respondió indignada:

–No soy ninguna «mujer de las cavernas». Puede hablar conmigo, no hace falta que me obligue a hacer las cosas por la fuerza.

A él tampoco le había gustado aquel nuevo renacer del viejo Raven. Sin meterse en complejas explicaciones sobre su proceso de cambio, se limitó a pedir disculpas.

–Tiene razón. Lo que he hecho ha estado muy mal. Le pido disculpas.

Ella se encogió de hombros y se volvió a mirarlo. Algo en sus ojos le dijo a Raven que las cosas habían vuelto a su cauce.

Liney señaló una puerta de color verde.

–Esta es mi habitación. Por favor, recójame mañana por la mañana a las cuatro.

–¿A las cuatro? –necesitaba descansar después de haber conducido durante tres días. No se conformaba con unas cuantas horas de sueño, para luego volver a conducir dos horas y pasar todo el día posando como modelo.

Ella levantó la barbilla.

–La sesión tiene que empezar al amanecer. Si salimos a las cuatro, llegaremos allí a las seis.

–¿Se detendría el mundo si saliéramos a las cinco?

Ella arqueó una ceja.

–De acuerdo, a las cuatro y media. Pero no a las cinco, o nos van a despedir a los dos.

–Bien, lo entiendo –asintió él–. A las cuatro y media.

Ella sonrió ligeramente y farfulló algo parecido a «buenas noches», antes de meterse en la habitación.

Cuando apenas Raven había llegado a su moto, volvió a escuchar aquel familiar sonido chirriante que parecía un tren frenando. No era un tren. De nuevo se trataba de ella.

Salió como una fiera.

–¿Por qué no me había dicho que parecía un adefesio con estos pelos? –le gritó desde la puerta con cara de horror.

–Porque… –comenzó a responder él desde lejos, sin saber bien qué decir–. Porque no parece un adefesio, más bien parece la novia de Frankenstein.

Capítulo Tres

«La novia de Frankenstein», así la había llamado y, mientras conducía por la autovía, a las cuatro y veinte de la mañana, maldecía la hora en que había metido tan sonoramente la pata con semejante apelativo.

Con un poco de suerte, las nueve horas que habían transcurrido desde aquello habrían servido para apaciguar sus ánimos.

Entró en el aparcamiento del motel, se detuvo ante la habitación número dos y la puerta se abrió sin que tuviera que llamar.

Allí estaba Liney, con el mismo vestido de seda que llevaba el día anterior y el pelo recogido.

–Apague el motor. La gente intenta dormir.

«Como deberíamos estar haciendo todos a esta hora», pensó él. Pero su nuevo propósito para el día era no decir todo aquello que pensaba, así que se limitó a apagar la moto.

–Voy por mi bolso –anunció ella y desapareció un momento, regresando casi de inmediato. Cerró la puerta de la habitación.

El sol estaba aún oculto, pero comenzaba tímidamente a borrar las oscuras sombras de la noche. Sin duda, el estado de ánimo de Liney había cambiado, y parecía superado el episodio del pelo.

Se aproximó a la moto y Raven le tendió un paquete con ropa.

–¿Qué es eso?

–Unos vaqueros y un jersey de Belle.

–¿Por qué me da Belle todo esto?

–Porque le dije que no tenía nada que ponerse aparte de ese vestido.

Liney se cruzó de brazos en un gesto de desacuerdo.

–No puedo llegar a la sesión de fotos vestida con vaqueros.

Raven sabía que para ella era una dramática decisión tener que sustituir la ropa de diseño por algo tan vulgar. Algo así como pasar de una tostada sin mantequilla a mojar pan en la salsa.

–Vamos a ver las cosas desde un punto de vista práctico –dijo él–. Ahí fuera hace mucho frío. Tenemos por delante dos horas de viaje. Si insiste en ir con ese vestido, acabará volándose y

cubriéndole la cara, con lo que corre un serio peligro de perder el equilibrio y caerse. Si eso sucede, lo más probable es que tenga que parar y llamar a una ambulancia, con lo que habremos perdido un día de sesión fotográfica, y nos despedirán a los dos.

A su meticulosa exposición de motivos, siguió un profundo silencio. Raven tenía la sensación de estar oyendo su mente trabajar, sopesando los pros y los contras de lo que él había dicho. Por fin, los pros se impusieron a los contras.

–Como sabía que me iría al amanecer, ayer pagué la habitación y he dejado la llave dentro. No puedo volver a entrar. Por favor, dese la vuelta y no mire.

–Pero si no hay luz, no puedo ver nada.

–Da igual.

–De acuerdo –dijo él. Actuaba como sus hermanas. Les gustaba mantener su intimidad, aun cuando nadie las mirara. ¿Por qué las chicas siempre pensaban que los hombres estaban desesperados por ver un milímetro de piel femenina? No se daban cuenta de que algunos hombres apreciaban más el alma de una mujer que su cuerpo.

–De acuerdo –dijo ella, después de protestar entre dientes de lo pequeños y ajustados que eran los vaqueros–. Ya estoy preparada para poder levantar la pierna sin problemas.

Era casi un milagro que pudiera hablar, pues los pantalones estaban tan apretados que no le permitían respirar.

Él se volvió, dispuesto a darle instrucciones de cómo debía montarse en la moto. Pero, al verla, se le puso un nudo en la garganta.

El cartel de neón donde aparecía «Silver Spur» dibujaba su silueta a contraluz, una figura perfectamente delimitada por la ajustada ropa que la cubría. Sí, claro que le gustaba el alma de una mujer, pero habría tenido que estar ciego para no ver que Liney tenía más curvas que una carretera de montaña, a pesar de ser esbelta.

Estaba en un ángulo que destacaba la sensual disposición de sus pechos turgentes, su cintura estrecha. Los vaqueros se agarraban a ella como si de un amante celoso se tratara, dejando adivinar un trasero compacto y bien esculpido.

Se aproximó a él.

–¿Me enseñas a montarme en la moto? –le pidió Liney.

Él accedió.

Y, momentos después, algo sucedió. Él se levantó ligeramente, para poder dirigir el movimiento de Liney. Pero, apenas si había

abierto la boca, cuando sintió un golpe y todo se oscureció.

–¿Raven?

Una voz familiar irrumpió en mitad de la negritud. Con mucho esfuerzo, abrió los ojos y se encontró dos rostros fijos en él. Cerró los ojos otra vez, reconfortado por el olor a vainilla.

–¡Raven! ¡Despierta! –una serie de gemidos culminaron con uno mucho mayor–. ¡Raven! ¡Cielo santo! ¡He matado a mi hombre rudo! ¡Necesito un cigarrillo!

Volvió a abrir los ojos y trató de enfocar la mirada.

–No está muerto –dijo una voz masculina–. He traído una bolsa de hielo. Aquí tienes un par de aspirinas, hijo.

Raven sintió algo frío en la cabeza y trató de identificar las dos píldoras que había en una mano desconocida. Las aceptó, junto con el vaso de agua.

–Gracias, hombre, sea usted quien sea –dijo Raven. Se las tomó, le devolvió el vaso y miró de un lado a otro–. ¿Estoy en mitad de la carretera?

–No. Estás en el aparcamiento del motel –respondió Liney–. ¡Lo siento! Sin querer… –las palabras se disolvieron en un río de lágrimas.

Miró el rostro de la mujer que lloraba desconsoladamente.

–¿Liney!

–¿Me reconoces?

Él frunció el ceño.

–¿Por qué no habría de reconocerte? Sigues igual.

–¡Accidentalmente te he dado una patada cuando intentaba montarme en la moto! Como los vaqueros están tan apretados, le he dado más impulso con el fin de elevarla más. Sin querer te golpeé en la cabeza –Liney respiró aliviada al ver que Raven estaba despierto y hablaba y, lo que todavía era mejor, podía reconocer a la gente.

–¿Necesitáis algo más? –preguntó Pete, el dueño del motel–. ¿Quieres un café?

–No, gracias –respondió Raven–. Me he tomado unas cuantas tazas antes de venir aquí.

Pete asintió.

–Entonces me voy a meter en la cama otra vez, a ver si puedo dormir un par de horas más –se frotó los ojos y se encaminó hacia el motel–. Dejad la bolsa de hielo en la puerta de la oficina –les gritó mientras se alejaba.

Liney miró al viejo. Le estaba realmente agradecida por haber respondido a su llamada. Estaba convencida de que las palabras

clave para que el hombre se moviera, aun a pesar de su avanzada edad, habían sido «patada» y «muerto».

Se volvió hacia Raven.

–Siento mucho lo sucedido.

Él miró a los finos zapatos que ella calzaba.

–Me alegro mucho de que no llevaras zapatillas para jugar a los bolos, y de que no tuvieras una de esas duras bolas en la mano. Serías letal con algo así en tu poder.

–¿Letal? –ella se dispuso a protestar, pero una sonrisa burlona en labios de Raven la disuadió rápidamente.

Ella sonrió.

–Bueno, creo que con todo lo sucedido lo mejor que podemos hacer es irnos en taxi –dijo ella y metió la mano en el bolso para sacar su móvil.

Raven la agarró de la muñeca.

–No voy a dejar mi moto aquí.

Ella lo miró con determinación.

–Pero estará perfectamente segura aquí, en el motel.

–O la conduzco o me quedo con ella aquí y, nena, te guste o no, voy a conducir –la soltó.

Su musculoso y enorme cuerpo tardó una eternidad en ponerse de pie. Era como ver a un dios mitológico elevarse desde la tierra para tocar el cielo. Ella alzó la vista, admirando la ancha constitución de sus hombros, su mandíbula fuerte y bien definida y sus labios gruesos y sugerentes. Al final del trayecto, se encontró con una mata de pelo negro y despeinado que coronaba aquel glorioso despliegue de belleza masculina. Quizás aquel salvaje despliegue de cabellos alborotados no era más que la representación de lo que el hombre era. Aquella idea le aceleró el corazón.

Raven la miró desde arriba.

–Liney, ¿qué hora es? –preguntó él con una voz profunda como el trueno de una tormenta.

–Casi las cinco –dijo ella saliendo de su ensimismamiento.

–Si nos vamos ahora mismo y dejas de pensar en llamar a un taxi, podemos estar allí a las siete y conservar nuestros respectivos trabajos. Mientras yo voy a dejar la bolsa de hielo en la puerta de la oficina, móntate en Macavity.

Ella se volvió hacia él, sorprendida.

–¿Macavity?

Él también se volvió sin dejar de andar.

–La moto –le dijo.

Liney se acercó a la bestia y miró el asiento. No había ninguna

cabeza en su camino que pudiera golpear, de modo que la acción no podía ser tan complicada. Eso esperaba, al menos. Eso sí, hacía escasamente unos segundos, había descubierto en su patada una fuerza inusual. Temía que su propia energía la llevara a caerse por el otro lado de la moto. La idea de caer al otro lado la mortificó.

Miró a Raven. Todavía iba de camino a la oficina, así que tenía la oportunidad de tratar de montarse y fallar unas cuantas veces. Por suerte, aquella era la última vez que tendría que montarse en aquel aparato infernal.

Se colocó del modo más apropiado para poder alzar la pierna y acertar.

Una, dos y tres. Alzó la pierna con limpieza y cayó en el sitio exacto. ¡Bien! Lo había conseguido con envidiable precisión a la primera. ¡Y él no la había visto! Se lo había perdido. Sintió un extraño y profundo dolor ante la idea, casi resentimiento. Aquello le había recordado un episodio lejano. Ella tenía once años y se había quedado esperando a su padre hasta bien pasada la hora de dormir para enseñarle un dibujo que le había hecho. Como siempre, había llegado tarde de la refinería, donde se quedaba a hacer horas extra. Al entrar, apenas si había mirado el preciado dibujo y todo lo que había hecho había sido preguntarle si había terminado los deberes. Todavía recordaba con vivacidad su tono cansado y su olor a petróleo.

–No llegarás a ningún sitio si no haces tus deberes –le había dicho, mientras se lavaba las manos–. Los triunfadores sacan un sobresaliente, los perdedores hacen dibujos.

No había querido ser cruel, solo realista, y ella había comprendido aquello, aun a pesar de su corta edad. Sin embargo, se había ido a la cama apretando el dibujo contra su pecho y pensando: «Se lo ha perdido».

–¡Lo has conseguido!

Liney alzó la vista y vio a Raven sonriendo.

–Lo has conseguido, te has montado en la moto como una verdadera «nena Harley», perdón, «mujer Harley».

Dentro de ella, estalló una felicidad inmensa, más por el reconocimiento de Raven que por su propio logro personal.

Ella sonrió inconscientemente.

–¿De qué te ríes? –le preguntó él, mientras se ponía los guantes.

–Me gusta que me feliciten cuando hago algo bien –dijo ella e, inmediatamente, se sintió tonta o, lo que era peor, vulnerable. Aquella sencilla confesión decía mucho más de ella que todo un libro de doscientas páginas. Ojalá hubiera podido borrar aquellas

palabras.

–Te lo mereces –dijo él, sin hacer comentario alguno sobre aquel despliegue de vulnerabilidad. No era de los que se aprovechaban de la debilidad de los demás–. Siento haberme perdido el momento exacto.

Se montó en la moto y arrancó el motor. Liney se apoyó en el respaldo y miró al sol que asomaba en el horizonte. Estaba feliz, muy feliz. Él sentía habérselo perdido y eso la aliviaba…

Capítulo Cuatro

–¿Estás preparada, nena?

–Sí –respondió ella, y miró a Raven a través del retrovisor.

–Estaba hablando con Macavity, pero me alegro de que tú también estés lista –le guiñó un ojo.

Ella bajó los ojos, con la esperanza de que él no notara que se había ruborizado.

«Supongo que este hombre le llama “nena” a todo el mundo», se dijo. Acto seguido, se preguntó si sería uno de esos que querían a su moto tanto como a su mujer.

«Su mujer». ¿Habría alguna mujer en la vida de Raven? Sin saber por qué, se sintió decepcionada. Y, después de todo, ¿qué le interesaba a ella la vida privaba de Raven?

«No puedo pensar en ese tipo de cosas ahora». Cerró los ojos. «Piensa en tu trabajo, piensa en tu trabajo».

Al abrirlos de nuevo, se encontró delante la apretada camiseta de Raven, que marcaba meticulosamente cada músculo de su fornido cuerpo.

«Deja de pensar en esa camiseta».

Bajó la mirada y se encontró con su trasero, deliciosamente sujeto por unos vaqueros gastados. Si mirar a la camiseta había sido una mala idea, lo de mirar a los vaqueros había sido mucho peor. Liney sabía que debía apartar la vista, pensar en otra cosa, en el sol naciente o en el vuelo de algún pájaro. Pero ya era demasiado tarde. Ya estaba atrapada por aquella visión suprema, aquellas piernas musculosas con botas negras y masculinas. Parecía que él y la moto hubieran salido así directamente de la fábrica, en una nueva generación de hombre–máquina, todo en uno.

¿Qué tipo de mujer podría satisfacer a un hombre así? Gimió sin darse cuenta.

–¿Estás bien? –Raven la miró a través del retrovisor.

–¿Por qué? –respondió ella en tono defensivo.

–Me estás tirando de la camiseta.

Ella se miró las manos. Estaba haciéndolo de nuevo, se agarraba

a él como un gato que tratara de escalar un árbol, como el día anterior en el Blue Moon.

«Piensa en tu trabajo, piensa en los plazos de entrega», se dijo ella.

–No me importa que te agarres, solo que me extrañaba que lo hicieras cuando todavía no estábamos en marcha.

Ella se encogió de hombros en un gesto inocente y se puso las manos en el regazo.

Raven se colocó unas gafas negras, añadiendo un aire amenazante a su talante. Liney no podía ver sus ojos y eso la desconcertaba, pues era el único modo que tenía de calibrar la reacción de las personas.

Rápidamente, le pasó otras gafas a ella.

–Toma, ponte estás –le dijo.

Eran grandes, plateadas y sin marca. ¿Cómo podía pensar en que se pusiera unas gafas que no fueran de diseño? Perdería la poca dignidad que le quedaba y su estatus de vicepresidenta.

–No puedo ponerme eso –dijo ella–. Son demasiado grandes y pesadas.

–Si ni siquiera te las has probado.

Estaba claro que los hombres no entendían nada sobre gusto y estilo. Pero no era el momento de ponerse a discutir sobre algo así, de modo que se las puso sin decir nada más. No las sintió tan pesadas como esperaba. Tal vez, no estaban tan mal después de todo.

Estiró el cuello y se miró en el espejo retrovisor. Parecía la novia de un gánster o algo peor. Solo le faltaba pintarse los labios de rojo y un lunar en la parte superior de la boca para poder liderar su propia pandilla de motoristas.

Raven le hizo un gesto afirmativo con el pulgar hacia arriba, seguramente porque al fin había logrado que pareciera una de las chicas con las que él solía salir.

–Así podrás ver, en lugar de solo parpadear, durante las próximas dos horas. ¿Estás lista?

–Sí –respondió ella, al ver que no añadía el apelativo «nena», con el que se refería a su moto. Alzó el pulgar en un gesto copiado de él y se apoyó en el respaldo del asiento, tratando de parecer totalmente en control de la situación.

La bestia negra y cromo comenzó a hacer círculos para encontrar la salida del aparcamiento, como un felino acechando a su presa.

Pero, en el momento en que Raven aceleró, Liney perdió las

formas y se agarró a él como una posesa. Después de unos minutos, consiguió relajarse.

El viento fresco golpeaba su rostro. No había visto tantos árboles juntos desde aquel paseo que se había dado tiempo atrás por Bel Air. Pero lo que, seguramente, jamás había visto era tantas granjas y campos cultivados. Cerró los ojos y trató de identificar los aromas que la rodeaban. Un olor varonil a musgo llenó sus sentidos. Era la loción para el afeitado que llevaba Raven, mezclada con el jabón que había utilizado en la ducha de la mañana. Cerró los ojos y se paró a pensar en los litros de agua que se necesitarían para empapar aquel inmenso cuerpo…

Sintió que algo le tocaba ligeramente la pierna. Se sobresaltó y abrió los ojos, dándose cuenta de que Raven la miraba por el retrovisor.

Le señaló el Blue Moon que aparecía a la derecha y le hizo una seña, como de una taza de café.

Ella negó con la cabeza. El brebaje que allí servían era tan fuerte y tan denso que habría necesitado una electrólisis después de bebérselo.

Él asintió y continuaron su camino.

Liney se apoyó en el respaldo y se dejó llevar por la ola de poder que extendían sobre ella tanto Raven como Macavity.

Quizá no quería que sus subordinados la vieran así, pero, durante dos horas, se iba a permitir la fantasía de ser «la chica del gánster».

Durante dos horas, Raven no hizo sino escuchar el silbido del viento. Habría sido de mala educación que se hubiera puesto sus auriculares, llevando una pasajera.

Aquella, además, era la primera persona que montaba en su moto después de Charlotte.

Charlotte. El corazón se le encogió. Realmente lo había tirado a la basura como si de un viejo traje se hubiera tratado.

Gracias a una de sus cintas, Raven había logrado superar aquel trance, pues le daba la perspectiva de que su historia amorosa con Charlotte no había sido sino un escalón más en la escalera de la vida.

Aunque hubiera sido un escalón doloroso, esperaba poder llegar a superarlo, pues en la cinta afirmaban que, al sentir claramente el dolor, uno consigue eliminarlo.

No pudo evitar recordar cómo la que casi llega a ser su esposa se

había vuelto loca por montar en su moto al principio. Pero después de unas semanas, había empezado a protestar de que el viento le resecaba la piel y de que las vibraciones, que en principio afirmaba la preparaban para el acto sexual, eran un peligro para las fundas de su dentadura.

Al menos, Liney no había protestado aún.

De pronto, sintió que le daba en el hombro.

Miró al espejo retrovisor y ella le señaló el borde de la carretera. Sin duda quería que parara.

Se echó a un lado, levantando una nube de arena.

Puso el pie en tierra y la miró.

–Necesito asearme antes de llegar.

–¿Asearte? ¡Estamos en mitad del campo! ¿Para qué demonios quieres asearte?

Ella no pudo evitar ruborizarse.

–Necesito ponerme guapa. La primera impresión es muy importante. Así que, si no te importa, ¿te podrías quitar para que pueda bajarme?

Raven miró el reloj.

–No tenemos tiempo para que te entretengas en «ponerte guapa».

Ella hizo un movimiento acrobático y pasó la pierna por encima de él sin golpearlo y sin caerse por el otro lado.

Se puso de pie sobre la arena y lo miró.

–¡Está lleno de polvo! ¿No podrías haber parado en un lugar con asfalto?

–Sí, podría haber parado en mitad de la carretera, para que el siguiente camión que pasara nos aplastara a Macavity, a ti y a mí.

Él se bajó de la moto con un gesto indignado.

–De acuerdo, lo siento, ha sido una impertinencia por mi parte –dijo ella y sacó del bolso un pequeño neceser. Al ver que él se adentraba en el campo le preguntó–. ¿Adónde vas?

–Al servicio –respondió él y, sin más, se colocó en un árbol que lo escondía lo suficiente como para poder hacer sus necesidades. Seguro que ella jamás había visto a ningún hombre desnudo antes.

Pero no podía ser. Estaba ya rondando los treinta y era demasiado atractiva como para no haber hecho el amor nunca.

Se abrochó los pantalones y se encaminó hacia la moto.

Al acercarse a Liney se dio cuenta de que trataba desesperadamente de librarse de los cercos que rodeaban su mirada. Él tuvo que hacer un gran esfuerzo para no reírse, en cuanto se dio cuenta de qué se trataba realmente. Las gafas habían bloqueado

parte de los rayos, dejando dos círculos blancos alrededor de sus ojos.

–¡Mira! ¡Tengo dos redondeles blancos y mi pelo…! ¡Parece que hubiera metido los dedos en un enchufe!

–Bueno, a mí me parece más bien una bola de algodón dulce –dijo él, tratando de quitarle importancia.

–De acuerdo, parece algodón dulce frito.

Sí, la verdad era que tenía razón.

–Encima estoy rebozada en polvo.

–Calma. Tampoco es el fin del mundo –le dijo él.

–No, pero es el fin de mi carrera –dijo ella–. Mis subordinados ya me odian lo bastante y, cuando me vean así, les voy a dar aún más motivos para que se rían a mi costa –se inclinó sobre el espejo retrovisor–. ¡Mira esos círculos! ¡Podría ser la protagonista de un capítulo de Star Trek, sin necesidad de llevar ningún tipo de maquillaje especial!

Bajó los hombros descorazonada, se volvió hacia él y se lanzó a sus brazos, sollozando pesadamente.

–Llévame de vuelta al Blue Moon, no puedo enfrentarme a semejante desgracia.

Aquella era la antítesis de la mujer dura y guerrera que quería representar. Raven, no obstante, sabía cómo enfrentarse a la situación pues, después de todo, tenía tres hermanas pequeñas. Mientras ella lloraba desconsoladamente sobre su hombro, él la acunaba suavemente, mientras le aseguraba que a él le había encantado el algodón dulce cuando era pequeño y que Star Trek era una de sus series favoritas. Ella comenzó a gruñir después del último comentario, de modo que él decidió seguir acunándola y no decir nada más hasta que ella se recompusiera de nuevo. Diez minutos tardó en recobrar el control sobre sus emociones.

Por fin, se apartó de él y lo miró.

–Tengo que ponerme en marcha otra vez.

Gracias al inoportuno llanto, la máscara de las pestañas se había extendido alrededor de los ojos. Con el pelo revuelto y los círculos negros alrededor de su mirada, empezaba a dar un poco de miedo.

Debió de darse cuenta de que Raven la miraba con horror.

–¿Qué pasa? –él no respondió de inmediato y ella se miró los pantalones–. Tengo la cremallera subida, ¿entonces?

–Necesitas lavarte la cara.

Se miró al espejo y emitió un graznido. Una bandada de pájaros alzó el vuelo.

–¡Ayuda! –grito ella y lo miró desesperada–. Parezco Wynona

Ryder en aquella película de miedo.

«Bueno, Wynona Ryder estaba bastante mejor». Aquel día iba de mal en peor. Podía superar el que lo hubiera derribado al suelo y lo hubiera dejado sin sentido, pero no tenía ni la más ligera idea de qué hacer con una mujer a punto de sufrir un ataque de nervios por su aspecto, en mitad del salvaje Oeste. Raven había sufrido cosas parecidas con Char, como aquel día en Tiffany's, en que la pestaña postiza de su ojo derecho se le cayó sobre el labio, colocándose a modo de bigote hitleriano. Con espléndidos reflejos, Raven se la había llevado hacia la sección de las porcelanas, para que pudiera volver a colocarse la pestaña errante.

Miró de un lado a otro, y comprobó que solo había césped y unas cuantas vacas paciendo. ¿Qué podía hacer con Liney?

Tenía que lograr que razonara. Después de todo, era la vicepresidenta de una gran empresa, alguien responsable y capaz de racionalizar.

Al menos, eso esperaba.

–A nadie le importa lo más mínimo el aspecto que tengas. Estamos en mitad del campo. Todo el mundo lleva vaqueros y lleva el pelo revuelto. La gente, en un lugar como este y especialmente si ha estado dos horas en una Harley, siempre tiene un aspecto descuidado.

Ella se miró al espejo y se quitó los restos de maquillaje de debajo de los ojos.

–Gracias –dijo ella, mientras se miraba en el espejo–. Si consigo controlar mis pelos y me cambio de ropa, tendré un aspecto razonable.

«¿Cambiarse de ropa?» No le importaba consolarla o ayudarla a que se quitara los restos de maquillaje, pero de eso a que se cambiara de ropa…

–Llegamos una hora tarde –dijo él–. No tenemos tiempo de que te cambies de ropa.

–Pues, de un modo u otro, lo voy hacer… –se detuvo en mitad de la frase, pues Raven había agarrado el vestido de seda y lo había elevado por encima de su cabeza.

–Dame mi vestido –dijo ella poniéndose en jarras.

–No.

–Dámelo, o llamaré…

–¿A quién vas a llamar?

–¡Dios santo, «llamar»! –dijo ella–. ¡Se me ha olvidado llamar para decir que llegaríamos tarde! Necesito avisar…

Con bastante esfuerzo, Liney sacó el teléfono móvil de su bolsillo

trasero. Raven se quedó sorprendido de que hubiera podido ir sentada encima de eso durante todo el trayecto.

–Hola, Zoom –Liney comenzó a caminar de arriba abajo, alzando y sacudiendo sus zapatos de Gucci cada vez que daba un paso sobre la arena–. Hemos tenido unos problemillas esta mañana, pero estaremos allí en cuestión de… –miró a Raven–. ¿Veinte minutos?

Él asintió, aunque realmente no tenía ni idea de si faltaban diez, veinte o cuarenta.

–Veinte minutos –repitió ella–. ¿Tenéis todo preparado? Ya… Estáis listos desde hace una hora… bien. Lo siento, te pido disculpas.

Raven sintió pena por ella. Cualquiera podría darse cuenta de que era una experta en ocultar sus sentimientos, pero él podía ver que había una grieta en su armadura. A través de ella, se podían intuir otras facetas de Liney.

–Por favor, discúlpame ante los otros. Vamos de camino. Hasta ahora –cortó la comunicación y se volvió hacia Raven–. Tenías razón, no tengo tiempo de cambiarme de ropa. Pero tengo que hacer algo con mi pelo. ¡Mataría por un cigarro! ¿Puedes pasarme el bolso para sacar uno?

–¿Me matarás si no lo hago?

Ella sonrió. Parecía más relajada y tenía un aspecto casi angelical.

–Prometo no fumármelo.

Él hizo lo que le pidió. Ella sacó dos cigarrillos y le devolvió el bolso a él. Los acarició de un modo extraño y, finalmente, los partió con tanta rabia que sobresaltó a Raven.

–¿Estás bien? –le preguntó ella, mientras se aproximaba a él lanzando los restos de tabaco al aire.

–Sí –respondió él–. Pero deberías de haberme avisado de lo que ibas a hacer con esos cigarros.

–Es mi modo de no fumar –respondió ella, mientras se miraba en el espejo, tratando de hacer algo con su pelo.

Raven señaló su bolsa de viaje.

–Debe haber un pañuelo al fondo. Póntelo en la cabeza.

–¡Y ahora me lo dices!

–Se me había olvidado…

Liney se puso inmediatamente a buscar en la bolsa, hasta que dio con él.

–Yves St. Laurent –dijo Liney satisfecha–. Tus «nenas» tienen muy buen gusto.

–No tengo ninguna «nena».

Aunque la había tenido hasta hacía poco. Aquel pañuelo lo había comprado Char el día que la había conocido. Habían compartido celda, después de haber sido arrestados por el confrontamiento con Liz y el que sería su marido, Russell, en Hollywood Boulevard. Aquel había sido el día en que se habían enamorado.

Después de que el abogado de ella pagara la fianza, Char había insistido en conducir su Harley hasta casa. De camino, se habían detenido en una tienda de lujo de Beverly Hills, donde ella había comprado el pañuelo. Nada más salir, le había rogado que se lo colocara.

–¿Cómo me pongo esto en la cabeza? –Liney trataba de ponerse el pañuelo de formas diversas.

Raven no quería tocar ni el pañuelo ni el pelo de mujer alguna, pero, el patético modo en que se lo estaba colocando, era motivo suficiente para hacer una excepción.

Se acercó a ella reticente y maldiciendo su suerte. La historia se repetía. Después de aquello, quemaría el maldito pañuelo.

Lo agarró y lo dobló de nuevo, le pidió que se acercara, lo que ella hizo sin rechistar. Se lo puso sobre el pelo y se lo ató a la nuca, evadiendo en todo momento su mirada. Pero, cuando accidentalmente sus dedos rozaron la piel de su cuello, no pudo evitar un escalofrío. Aquella mujer estaba demasiado caliente para dejarlo frío.

Maldijo al género femenino una vez más. Ya no sabía cuántas.

Se dio media vuelta y se dirigió hacia la moto.

–Es hora de irnos –gruñó.

Capítulo Cinco

Liney se sentía peor que aquel día, cuando estaba en octavo de básica, en que se comió parte de los problemas de matemáticas de Robin Roberts. En un ataque típicamente hormonal de sus trece años, se había escondido tras la hoja de su amigo para ocultar su ruborizado rostro ante la aparición de Eddie Walton, el chico guapo del colegio. Pero, al mirar por encima del papel y darse cuenta de que él la estaba mirando igualmente, y que se dirigía hacia ella, no se le había ocurrido otra cosa que morder la esquina inferior de los deberes de su compañero. Demasiado avergonzada como para escupir el trozo, había optado por tragárselo. Robin se había puesto furioso, como era de esperar.

Pues bien, en aquella ocasión no tenía los deberes de nadie para ocultarse detrás, pero sí la furgoneta de Gomer que contaba, además, con una ventaja: jamás se la podría comer.

Desde allí podía observar a sus subordinados mientras trabajaban.

Zoom, un conocido fotógrafo de elite de unos cuarenta y tantos años, estaba ajustando los objetivos de sus cámaras. Su asistente, Timothy, era un estudiante de fotografía de diecinueve años, aspirante a llegar a ser alguien importan te bajo la sombra de Zoom.

Cookie era la maquilladora y su labor en aquel momento se limitaba a mirarse en un espejo de mano. Liney habría deseado que hubiera desaparecido por arte de magia. Por desgracia, la necesitaba.

Gomer, el rudo vaquero, estaba sentado en una piedra y los miraba perplejo. Era como un león. Una peluda y encantadora adquisición que había tenido el valor de unirse a aquel grupo de trabajo.

Liney tragó saliva. Con la excepción de Gomer, todos la odiaban, lo que no la afectaba tanto cuando no tenía un aspecto tan lamentable.

–¿Cuál es el problema?

Liney se volvió hacia Raven.

–Esa gente –dijo ella.
Raven miró al grupo.
–Los conoces, ¿no? ¿O es que después de conducir durante varias horas nos hemos equivocado de sitio?
Ella se rio.
–No, no nos hemos equivocado.
–¿Entonces?
Ella tendió la mano.
–Necesito un cigarrillo.
–No has contestado a mi pregunta.
–Te prometo que no voy a fumar, solo voy a romperlo.
Raven puso su mano sobre la que ella le había tendido.
–Creo que lo que necesitas es contacto humano, no un cigarrillo.
Su comentario la desconcertó por completo. Habría querido decir algo, cualquier cosa, pero no pudo, temerosa de que su voz sonara temblorosa y dolorida. ¡Maldito fuera aquel hombre, que la desestabilizaba aún más cuando lo que necesitaba era sentirse segura y prepararse para la batalla!
–Liney, ¿tienes miedo?
Ella apartó la mano y lo miró.
–¡No! –un lagarto que pasaba ante ella se detuvo y la miró–. ¡Y tú, déjame en paz también! –le dijo al pobre animal, que salió huyendo.
–Está bien, no debería haberte hecho esa pregunta. Pero no hemos recorrido tantos kilómetros para que te quedes detrás de esta camioneta. Vamos a trabajar.
–No puedo.
–¿Por qué?
–Mis piernas –se miró los pantalones–. Todavía no puedo andar. La sangre no circula bien y…
Él levantó una ceja.
–Dame una razón más creíble.
–Tengo… tengo miedo.
Ninguno de los dos dijo nada durante un rato. Raven se acercó y le dio un masaje en los hombros.
–Deja de luchar –le dijo.
–¿Que deje de luchar? ¿Que me rinda? ¿Y en qué consiste eso? ¿En que salga ahí con los brazos en alto y una bandera blanca? Bueno, tal vez pueda usar el pañuelo que llevo en la cabeza, así mis pelos se dispararían y podría asustarlos. Eso me pondría en una situación de poder.
–Ya estás en una situación de poder. Todo lo que tienes que

hacer es dejar de pensar que las cosas han de ser como tú crees que deben ser. Eso, en lugar de disminuir tu poder, lo alimenta –le dio unas palmaditas en el hombro–. Lo he oído en uno de mis casetes de autoayuda. Me parece un buen consejo.

Liney abrió y cerró los ojos rápidamente.

–De acuerdo –dijo–. Allá voy. Toma –le dio las gafas–. A por ellos, y no pienso rendirme.

Raven la siguió con la mirada. Había recobrado el paso decidido que tenía el día anterior en el aparcamiento del Blue Moon. Podía ser que tuviera miedo, pero como un actor temeroso de enfrentarse a su público, iba a hacerlo a pesar de todo. Raven sonrió. Aquella mujer podía llegar a ser una verdadera molestia, pero no por eso dejaba de respetar y admirar su tenacidad.

Una voz aguda y chillona saludó a Liney.

–Bueno, ya era hora, ¿no? –la propietaria de semejante voz era una criatura flaca, cubierta con una camiseta floreada y unos pantalones cortos muy cortos–. Llevamos aquí desde el amanecer.

–Hemos tenido algún que otro contratiempo –dijo ella.

–¿Hemos? –la mujer miró a Raven que acababa de colocarse detrás de Liney. Lo miró interesada.

–Escuchadme todos –dijo Liney–. Tengo noticias que daros.

Un hombre de mediana edad se dispuso a intervenir. Iba vestido en colores caqui, con un pañuelo al cuello y una ridícula coleta de esas que Raven detestaba. Bien era cierto que él también había llevado una coleta, tiempo atrás, pero aquello había sido distinto, porque a él le sentaba bien. El tipo en cuestión parecía más bien estar sufriendo una grave crisis de los cuarenta.

–No necesitas decirnos que escuchemos. Somos todo oídos para ti –dijo en tono irónico y nada amigable.

–Gracias, Zoom –respondió Liney y se aclaró la garganta–. Me gustaría presentaros a nuestros «hombre rudo», Raven Doyle.

En ese momento, abrió el brazo en un gran gesto de presentación que acabó golpeando a Raven en el estómago.

Liney se ruborizó y pidió disculpas.

–Lo siento, no sabía que estabas detrás de mí. ¿Te he hecho daño?

Raven estaba tan en forma que no había sentido el impacto. Lo que realmente lo preocupaba era la histeria que notaba en la mirada de ella y el sudor que brillaba sobre su rostro.

Hubo un estallido de risas.

–¡Estupendo, Liney! –dijo Zoom–. Vas a estropear a nuestra estrella antes de empezar la sesión.

Más risas.

Liney se puso su mejor y más profesional sonrisa.

–Sin duda, tiene un estómago de hierro. Quizá deberíamos llamar al reportaje «el hombre de hierro» –trató de bromear y se rio tontamente.

Se hizo silencio, un silencio pesado y denso.

Liney carraspeó y continuó.

–Lo que está claro es que Raven es nuestro hombre. ¿Alguna pregunta?

–¿Cómo ha encontrado a otro modelo tan rápido? –preguntó el joven Timothy.

–Estaba en el lugar preciso en el momento adecuado –respondió Liney.

–¿Y dónde fue eso? –preguntó Zoom.

–Pues… a las afueras de Cheyenne.

–¿Y qué son esos círculos que tienes en los ojos? –dijo Cookie, incrédula.

Se hizo una larga y embarazosa pausa.

–Soy una devota de las películas de Star Trek –respondió ella, y el mismo silencio pesado imperó por todas partes.

Con una sonrisa de complicidad a Raven, Liney se puso en marcha.

–Déjame que te presente al equipo. Esta es Cookie McCutcheon. Será a la primera que tengas que visitar por la mañana.

Sonriendo, Cookie hizo un insinuante movimiento de caderas.

–Lo mejor será que vengas un poco antes de lo normal. A un hombre tan grande como tú, lleva más tiempo maquillarle el cuerpo.

–¿El cuerpo? A mí nadie me va a maquillar…

–Este es Zoom –lo cortó Liney–. Es el fotógrafo de la revista. Timothy es su ayudante.

Zoom apenas si apartó el ojo de la cámara y Timothy, siguiendo a su maestro, continuó con su atención fija en las notas que tomaba.

Raven empezaba a entender por qué Liney no quería salir de detrás de la camioneta. ¿Quién podía querer codearse con aquella pandilla de impresentables?

–Me alegro de verte por aquí –dijo una voz cascada. Gomer bajó de una piedra y le tendió la mano–. Bienvenido, hijo. *E pluribus unum*. Es latín y significa: «todos trabajamos juntos como si fuéramos uno».

¿Un vaquero que hablaba latín? Era extraño, pero más extraño aún era el comentario, teniendo en cuenta la escasa unidad del

grupo en cuestión.

–Así es como la gente debería trabajar, como un equipo, como si fueran uno –la rabia le revolvió el cuerpo, una rabia que venía de su ansia por proteger a Liney, como había querido proteger a sus hermanas pequeñas.

–Si necesitas algo, cuenta conmigo –continuó Gofer–. Soy el «chico» de los recados, así que para eso estoy.

–Y hablando de recados, después de que Cookie mida a Raven, tendrás que ir a por ropa para él. No creo que la ropa que teníamos para «Lord Byron» le sirva a Raven.

Cookie volvió a mover las caderas de un lado a otro.

–¿Estás de broma? Claro que no le vale. Este tipo es mucho más grande –miró de arriba abajo a Raven y se encaminó hacia su tienda con el mismo balanceo de siempre.

Su trasero, escasamente cubierto por el cortísimo pantalón corto, se movía de lado a lado, como dos pelotas de playa que se golpearan la una a la otra.

–¡No pienso meterme en la tienda con esas dos pelotas de playa!

Liney miró a Cookie que se reía tontamente.

–Se llama Cook…

–¡Ya lo sé! –dijo él–. La cuestión es que no quiero que me mida.

–¿Qué te pasa? –dijo Liney–. Parece que ahora eres tú el que tiene que tranquilizarse.

Gomer se metió en la conversación.

–Esa chica es de las que se toma lo de *E pluribus unum*, demasiado literalmente. Pero aquí, lo que todo el mundo hace es levantar las vallas que delimitan su terreno. Haz eso y ponla en su sitio –acto seguido se dirigió hacia Liney–. Una vez que tengas las medidas, tienes que decirme qué tipo de ropa quieres.

–Pero nadie va a saber qué ropa darle a Gomer con mis medidas. Sería mucho más fácil que le dijera qué talla uso –intervino Raven con un tono algo desesperado.

–Sí, eso será mejor –dijo Gomer–. Supongo que tendré que ir hasta Cheyenne para encontrar ropa tan grande.

–Que no se te olvide, Gomer, que mi «hombre rudo» tiene que ser realmente sexy. Las lectoras van a comprar la revista por ver las fotos, no por las recetas. Quiero pantalones vaqueros negros, camisetas ajustadas y alguna camisa a rayas, pero que no sea muy grande. Vamos a dejársela abierta aquí delante, para que se vea ese vello negro y espeso que tiene en el torso –dijo ella con vehemencia– . Tiene un pie muy grande. Quiero unas botas, pero nada de florituras. Que sean negras, masculinas. Recuerda, Gomer,

tienes que pensar en la palabra «sexy».

Gomer abrió los ojos mucho.

–Pues no he pensado así desde hace años.

–Puedes hacerlo –insistió Liney–. Recuerda que tú mismo eras el posible candidato para nuestro «hombre rudo», ya te lo dije ayer.

–¿Yo?

–Sí, tú. Porque tienes una sensualidad natural.

–¿Yo? –como una planta a la que hubieran regado, el viejo se creció– . Cada vez me gusta más este trabajo.

Liney se dio la vuelta.

–Iré a decirle a Cookie que no tiene que medir nada.

–No hace falta –respondió Cookie, que estaba allí mismo–. Al ver que mi modelo no aparecía, me he venido para acá.

–Raven le va a dar su talla a Gomer –explicó Liney.

Así lo hizo y Gomer se guardó la información apuntada en el bolsillo.

–¡Zoom! –dijo Liney–. Me gusta lo que lleva Raven ahora, de modo que vamos a hacer la sesión de la mañana con eso.

Raven pensó que Liney tenía un modo de dar órdenes que no resultaba en absoluto agradable. Su hermana Moira hacía lo mismo y muy poca gente fuera del grupo familiar sabía que detrás de aquella fachada se escondía una muchacha vulnerable. Moira y Liney tenían muchas cosas en común. Era una pena que se empeñaran en ocultar su parte tierna.

–De acuerdo, que todo el equipo se ponga a trabajar –dijo Liney dando palmadas–. Tengo todo bajo control. Zoom, prepara todo para empezar la sesión. Cookie, maquilla a nuestro modelo. Raven, vete con Cookie. Gomer, hasta luego –satisfecha con la rápida y efectiva lista de actividades que acababa de enumerar, se quitó con la mano una gota sudor que le bajaba por la frente, con tan mala suerte, que el pañuelo que cubría su cabeza saltó por los aires.

Su mata de algodón dulce se disparó como si se tratara de la seta de una bomba nuclear.

Se hizo otro de aquellos silencios, que Cookie rompió con una sonora carcajada. Zoom y Timothy fueron segundo y tercero, respectivamente, y Gomer la miró boquiabierto.

Liney parpadeó rápidamente y se colocó de nuevo el pañuelo. Lo ató con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. La barbilla le temblaba.

–Si, al menos, hubiera llevado mi vestido, habría estado medio aceptable.

Se dio media vuelta y se alejó de allí, con ese paso decidido que

parecía llevarla siempre al lugar exacto al que quería ir. Raven se entristeció, pues sabía que no tenía ni idea de adónde se dirigía.

–Necesita estar sola –dijo Raven.

Gomer respondió pensativo.

–Hace que la vida sea mucho más dura de lo que es en realidad. Pero tiene un gran corazón.

–Sí, es cierto –respondió Raven–. Pero lo mantiene escondido la mayor parte del tiempo.

–Con algunas personas –dijo Gomer–. Solo es necesario un pequeño esfuerzo para que se muestre como realmente es. Pero vale la pena. Después de todo, para eso estamos aquí, ¿no?

Para Raven el objetivo inmediato de su vida era construir su nuevo yo. Pero, por primera vez, pensó que quizá creer que se trataba solo de su viaje hacía que la carretera fuera excesivamente estrecha. Quizá, la vida era una autopista con varios carriles y, si ayudaba a otros, se ayudaría a sí mismo.

Si eso era así, ayudar a Liney le parecía como si, de pronto, hubiera pasado de viajar con su fabulosa Harley, para hacerlo sobre una pequeña y prehistórica moto diesel.

Gomer le puso la mano en el hombro.

–Nadie ha dicho que sea fácil.

Las palabras reverberaron en la cabeza de Raven. Para cuando reaccionó y se dispuso a preguntarle al viejo vaquero cómo había sabido lo que estaba pensando, Gomer ya estaba diciendo adiós desde la ventanilla de su camioneta.

Capítulo Seis

Balanceando los brazos de un lado a otro, Liney caminaba por el adusto suelo lleno de piedras y hierbajos. No era una tarea fácil, teniendo en cuenta que sus zapatos Gucci habían sido diseñados para andar por moquetas de salas de reuniones y oficinas, no para pasear por mitad del campo, en el salvaje Oeste.

Ufana y decidida atravesaba el paisaje de Wyoming, dirigiéndose, ¿adónde? A ninguna parte.

Dejó salir su rabia en un río de lágrimas y redujo la marcha. Nunca jamás había caminado sin dirección preestablecida. Los vocablos «a ninguna parte» no se unían jamás en su discurso, pues siempre había tenido muy claro que tenía que ir hacia arriba, arriba y arriba.

Por primera vez en su ambiciosa vida, obsesionada siempre con el trabajo, no iba hacia arriba. Al menos, tampoco iba para abajo.

Contuvo una risa nerviosa y se tropezó torpemente. Su cuerpo se precipitó hacia delante y cayó de bruces sobre el terreno polvoriento. Después de unos segundos, se dio cuenta de que el suelo estaba a solo unos centímetros de su cara. Se pasó la lengua por los labios y sintió el sabor a tierra.

Estaba claro que sí iba para abajo. De hecho estaba todo lo abajo que podía llegar, sin estar enterrada.

Temblorosa, se incorporó y se sentó, sacudiéndose las piedrecitas que se le habían quedado incrustadas en la palma de la mano. Le dolía la rodilla y el dedo gordo del pie. No pudo evitar otra lágrima furtiva que se deslizó por su mejilla.

–Necesito una manicura –dijo en tono desconsolado. Miró al cielo y vio un halcón que volaba por encima de ella. Sabía claramente lo que quería y, además, tenía mejores vistas que cualquier oficina de lujo en el centro de Los Ángeles. ¿Cómo podía ser que una criatura a la que le importaba un rábano el diseño y la moda pudiera tener, en apariencia, una vida tan feliz? Y encima con unas vistas estupendas.

«Estoy teniendo un severo ataque de envidia a un pájaro»,

pensó.

–¡Al diablo con la manicura! –dijo en alto–. Lo que necesito es una vida.

No quería llorar, pero estaba tan cansada de mantener las apariencias, tan cansada de jugar a ser la gran ejecutiva…

«Estoy cansada de fingir que cuando me llaman «la dama dragón» no siento nada, cuando es como si me clavaran un cuchillo».

Un insulto o un apodo podían doler más que una pedrada y a ella la habían dejado lisiada a golpe de motes y apelativos diversos. Las palabras eran las armas con las que habían herido gravemente el alma de Liney. Otra lágrima recorrió su mejilla.

Pero, al ver la sombra de su silueta estampada en el suelo, con su pelo estilo troll, el llanto fluyó y sus emociones salieron a borbotones. Dio patadas y maldijo, hasta que, finalmente, se tumbó mirando al cielo.

Exhausta y harta, se quedó inmóvil, respirando el aroma a salvia, sintiendo el calor de la incipiente mañana. Al cabo de un rato, se dio cuenta de que estaba más relajada que después de haber pasado una semana en un exclusivo balneario en California.

«Nada en mi vida me había hecho nunca sentir así de bien, ni siquiera el sexo».

Aquel era, sin duda, un triste pensamiento. Se sentó y comenzó a recorrer mentalmente la lista de sus encuentros amorosos.

Estaba Jerome, estudiante. Habían sido estupendos compañeros en el laboratorio de química, pero, aparte de eso, nada de química entre ellos. Alan, el abogado, con las continuas llamadas urgentes de su madre, consiguió arruinar toda relación sexual. Luego fue Klunky, un caza talentos. Un nombre tan ridículo lo decía todo.

«Ridículo». Se miró de arriba abajo. Sí, ella también era ridícula. Allí estaba, en mitad de ninguna parte, con pinta de pordiosera y pelos de troll.

–Debería haberme quedado en Los Ángeles y haber hecho el seguimiento del reportaje desde mi oficina. Pero no. «La dama dragón» no puede dejar que los demás hagan su trabajo, porque piensa que nadie lo va a hacer bien si ella no está ahí para supervisar cada detalle, para meter las narices en los asuntos ajenos.

Se detuvo y se dio cuenta de que aquello último le había dolido.

–Yo nunca quise ser vicepresidente de nada –le dijo a una piedra cercana–. De niña, soñaba con tener una tienda con cuentos de hadas y juguetes –se cruzó de brazos y miró a su sombra reflejada en el suelo–. ¿Cuándo abandoné ese sueño?

Había sido a sus diez años, cuando había decidido enterrar su infancia y dejar que la adulta precoz que peleaba por salir tomara posesión de tres partes de ella, frente a una aún de niña.

Se sintió triste.

–No me extraña que no le caiga bien a nadie –admitió ella–. No me gusta mi trabajo y no me gusto a mí misma, con lo cual no puedo gustarle a nadie. Así que voy a llamar a Dirk y voy a presentar mi dimisión.

Trató de sacar el móvil del bolsillo trasero del pantalón, pero no había forma. ¿Qué había pasado, se habría fundido con el vaquero?

Continuó tirando con fuerza, hasta que el teléfono cedió.

–Con sacar el teléfono un par de veces al día del bolsillo de este pantalón, me ahorraría las clases de gimnasia.

Tecleó el número del Blue Moon.

–Raven quería que me rindiera, pues ya me he rendido –dijo, mientras esperaba respuesta.

Una voz sensual, que Liney reconoció de inmediato, contestó al teléfono.

–¿Belle? Soy Liney Reed. Pásame a Dirk… por favor –añadió, tratando de suavizar su tono imperativo habitual–. Hola, Dirk. Soy yo y renuncio a mi trabajo.

Aquel modo directo e imprevisto de decirlo la sorprendió.

Dirk comenzó a hablar en un tono de voz suave y relajado. Su discurso sonaba mejor que ninguno de los que había dado antes en Los Ángeles. Después de su matrimonio con Belle, había decidido trasladar su oficina a Cheyenne, desde donde trabajaba a distancia como directivo de Harriman Enterprises. Pensar que parte de su plan de realizar las fotos allí había sido para convencer a Dirk de que regresara a Los Ángeles le resultaba paradójico, teniendo en cuenta que era ella la que estaba a punto de dejar su trabajo.

Dirk le hizo varios cumplidos, le recordó lo cualificada que estaba y lo adecuada que era para aquel trabajo. Finalmente, le preguntó sus motivos para querer dimitir.

–Quiero dimitir porque… –¿porque tenía el pelo revuelto y parecía una bruja alienígena de Star Trek? Tenía que dar forma a sus motivos y formularlos en una frase coherente–. Porque no tengo lo que hace falta tener.

Las palabras habían terminado por salir sin ser previamente elaboradas. Debía estructurar sus motivos, darles coherencia. A pesar de todo, una vez más, su pensamiento fluyó libre.

–Llevo tan solo un mes en Harriman Enterprises, y en tan corto espacio de tiempo me he creado más enemigos que en toda mi vida.

He tenido una buena idea, pero he acabado por alienar a todo el equipo creativo. He encontrado el modelo perfecto y, en solo veinticuatro horas, le he dado una patada y un puñetazo, aunque, por suerte, solo lo he dejado K.O. una vez –respiró para poder continuar–. No sé mandar sin dominar, no sé relacionarme, no sé contar chistes, jamás he tenido una buena relación sexual y me siento fatal por haberme comido los deberes de Robinson Roberts cuando estábamos en octavo de básica.

Lo había hecho. Había conseguido dar una confesión completa y absurda. Si Dirk no admitía su renuncia, al menos la despediría por locura temporal… o permanente.

Pero no, no la despidió. En lugar de eso, Dirk se sumergió en otro reconfortante discurso y una tajante y definitiva conclusión.

–No acepto tu dimisión.

–¿Por qué?

–Porque eres la mejor persona para ese trabajo.

–Pero tengo un aspecto horroroso.

Él hizo una pausa antes de contestar.

–No puedo verte. Además, el aspecto no lo es todo.

–¡Sí lo es!

Dirk se rio.

–Ese es un buen chiste. Mantén tu sentido del humor. De momento, termina lo que estás haciendo y ya hablaremos cuando regreses.

Liney farfulló un adiós y colgó. Se quedó mirando al teléfono, mientras se preguntaba qué la había impulsado a llamarlo en primer lugar. ¿De verdad le había contado que jamás había tenido una buena relación sexual? Cerró los ojos avergonzada. Ojalá hubiera sabido algunas palabras mágicas que la hubieran podido ayudar a borrar aquella conversación.

Abrió los ojos y se metió el teléfono en el bolsillo.

–Tal vez he hablado tan deprisa que ni siquiera me ha entendido el comentario sobre mi vida sexual.

De pronto, se detuvo, al ver algo que se alzaba majestuoso en el horizonte. El estómago se le encogió.

Era Raven.

«Me ha visto», pensó Raven. Y alzó la mano para saludar, como diciendo, «hola, aquí estoy». Pero ambos sabían que lo que quería decir era «hola, estoy aquí y te he visto perder los papeles».

Seguramente, lo mejor que podía hacer durante un rato era

mantener la distancia.

Después de unos segundos, ella también alzó la mano y saludó.

Raven sintió una profunda tristeza. No necesitaba ver su rostro para imaginarse aquellos grandes ojos de color chocolate parpadeando rápidamente, sin saber qué hacer mientras se sentía observada cuando había perdido totalmente el control de sí misma. Tenía los labios temblorosos y, aunque realmente lo que debía sentir eran deseos de huir, lo que hizo fue cuadrar los hombros y alzar la barbilla.

–Estoy seguro de que estarás ansiosa por conseguir un cigarrillo ahora mismo –murmuró en la distancia, sin que ella pudiera oírlo–. Sí, ya sé que no te lo fumarías, pero al menos lo partirías con rabia y le darías a los trozos una toba que los lanzaría a metros de distancia. Después de eso te tomaría en mis brazos y te acunaría suavemente.

Un dulce calor le subió por dentro al imaginarse el cuerpo de Liney junto al suyo. Al principio, ella dudaría, no querría bajar sus defensas, pero él la abrazaría tiernamente y le susurraría al oído que dejara de luchar, que él podría ser fuerte por los dos. Aquella mirada desafiante y atemorizada que tenía en los ojos acabaría por suavizarse y, lentamente, se iría relajando.

Raven cerró los ojos y dejó que el olor a vainilla llenara sus sentidos. Respiró profundamente. Sabía que, cuando se inclinara sobre ella y la besara, su sabor sería dulce, muy dulce…

¡Besarla! ¿Desde cuando aquella fantasía se había vuelto «amorosa»?

Maldijo una vez más a las mujeres. Debía de andar por la milésima vez, por lo menos.

«Vuelve a tu sitio, Raven. La mujer puede estar necesitada de cierto contacto humano, pero tú no estás en el mejor momento para dárselo».

Se pasó la mano por el pelo.

–Tengo que volver, antes de que vengan a buscarme.

Solo minutos más tarde, la voz de Cookie irrumpió en el silencio advirtiéndolo de que era la hora de su maquillaje de cuerpo.

Se había escapado momentáneamente para comprobar que Liney estaba bien y no se había perdido. Una vez que lo había visto, ya debía saber el camino de vuelta al campamento.

Pero, por más que lo intentaba, no quería irse de allí.

Sabía que una mujer en el estado en el que estaba Liney no se iba a abrir a él inmediatamente, y le iba a contar qué era lo que realmente la estaba dañando. Eso era, exactamente, lo que hacía

Moira. Pero, después de una hora o dos, acababa por recurrir a él. Y allí estaba su hermano mayor, siempre dispuesto a escucharla y a ofrecerle un hombro sobre el que llorar.

Podía no ser un gran conocedor de las cosas finas, pero era muy meticuloso en lo que se refería a los sentimientos humanos. Le dolía mucho cuando la gente lo trataba como a un cretino. Que llevara vaqueros y cazadora de cuero no quería decir que no tuviera un corazón capaz de sentir. Parte de eso había sido lo que lo había llevado a enamorarse de Charlotte. Lo hacía sentirse redimido el que una damisela de la alta sociedad no lo considerara un animal, un hombre de las cavernas.

Pero, por desgracia, en el fondo sí lo calificaba como tal.

Aquel era un doloroso secreto que no quería compartir con nadie. No sabía si jamás podría superar el trance de haber sido insultado por su ex prometida con la palabra «bestia», justo al final de su relación.

Tenía que olvidarse de todo aquello, era historia pasada.

–¡Raven! –volvió a sonar aquella voz aguda–. ¡Baja ahora mismo!

Al pie de la roca, estaba Cookie, en jarras.

–¡Te he buscado por todas partes! Date prisa, es la hora de tu maquillaje de cuerpo. Estaré en mi tienda. Te quiero allí en cinco minutos –extendió la mano en una más clara señal de que se trataba de un cinco, se dio media vuelta y se alejó.

«Solo cuatro días, tienes que soportar esto cuatro días», se dijo Raven , y comenzó a descender hacia su destino repleto de «pelotas de playa» y maquillaje de cuerpo.

Minutos después, entraba en la coloreada tienda de Cookie.

A través de una ventana rectangular que había en la parte superior entraba un generoso chorro de luz. A la izquierda, había un perchero portátil y, en el centro, dos sillas de director. A la derecha, había una mesa sobre la que Cookie había dispuesto diferentes botes.

No sabía por qué, pero se había esperado en aquella tienda el desorden y el caos de una adolescente, y lo que se había encontrado era el espacio de una profesional.

«La has juzgado del mismo modo que tú odias que te juzguen a ti», pensó Raven.

–Te he buscado por todas partes –dijo ella–. Zoom quiere empezar ya, y todavía tengo que maquillarte.

–Lo siento –se disculpó él–. Tenía que usar… el servicio.

Cookie lo miró y frunció el ceño, y el gesto convirtió su

maquillado rostro en una serie de líneas de color. Le recordó a un cuadro cubista que estaba en el salón de los padres de Char.

–Pensé que los servicios los teníamos en aquella colina –dijo Cookie, señalando hacia un lado de la tienda.

–Bueno… me gusta más la naturaleza…

–¡Vaya, vaya! –dijo Cookie y volvió a balancear las caderas de un lado a otro–. ¿Qué es esto?

Él miró al mismo lugar que ella.

–Es un tatuaje –respondió él.

–¿Y por qué un dinosaurio?

–No es un dinosaurio. Es una iguana.

–Bueno, es lo mismo –agarró uno de los botes y lo abrió–. De acuerdo, ahora quítate la camiseta, a ver qué tengo que hacer.

–No pienso quitarme la camiseta. Liney le dijo a Zoom que le gustaba lo que llevaba puesto –no estaba dispuesto a ejercer de hombre objeto. Él era mucho más que un cuerpo, tenía un corazón también.

Cookie agitó sus espesas y pesadamente maquilladas pestañas.

–Ya, pero Zoom tenía una serie de fotos planificadas para primera hora de la mañana, y eso es lo primero que hay que hacer. Quiere que parezca que te acabas de levantar de la cama y estás ansioso por prepararte unos huevos fritos con beicon –Cookie se chupó los labios con deleite, pero Raven sospechaba que no estaba pensando, precisamente, en un desayuno.

–Cuando me levanto por la mañana, no estoy ansioso por nada y me visto siempre, pero más especialmente si voy a freír algo, porque no me gusta que me salte el aceite hirviendo en la piel. Y me digas lo que me digas, no me voy a desnudar delante de la cámara.

Cookie balanceó la cabeza de un lado a otro.

–¿Es que no te das cuenta? Lo que las mujeres van a comprar no son las recetas, sino tu cuerpo –le dijo ella, mirándolo de arriba abajo.

–Hablando de cuerpos –interrumpió una voz masculina–. ¿Dónde está nuestro hombre rudo?

Zoom entró en la tienda sin preguntar, seguido por su ayudante. Se detuvo, se quitó las gafas, que se colocó sobre la cabeza, y miró primero a Cookie y luego a Raven. Timothy imitó sus gestos.

–Te necesito desnudo de cintura para arriba –le ordenó.

–Liney nunca me dijo que me tendría que desnudar.

–Se siente –dijo Cookie.

Zoom parecía aburrido con aquella discusión.

–Solo tienes que desnudarte de cintura para arriba. Además, a los modelos no se les paga para escribir el guión, sino para posar y eso es lo que tienen que hacer, punto.

Zoom dijo la palabra mágica: «pagar». Raven recapacitó. «No arruines tu sueño», se dijo. Se quitó la camiseta y la dejó sobre la silla.

–Ya está –dijo entre dientes.

–¡Guau! –exclamó Cookie–. ¡Eres una bestia!

Raven apretó los dientes. Cuando la sesión acabase, tendría unas palabritas con ella. No le gustaba que lo llamaran bestia.

–Bueno, a ver qué hacemos con ese «dinosaurio».

–Iguana.

–¿Qué iguana? –preguntó Zoom y miró el brazo de Raven–. ¡Vaya! ¡No había visto eso antes! –Zoom formó un cuadrado con los dedos y lo midió–. Me va a tomar trabajo, pero creo que podré hacerle las fotos sin que salga.

Timothy intervino.

–Podemos ponerle un saco en el costado.

–O un trozo de tienda de campaña –dijo Raven–. O podéis aparcar un trozo de la camioneta de Gomer en mi brazo.

Se hizo un profundo silencio tras ese comentario. Sabía que no estaba cooperando, pero no podía soportar que aquellos tres dilucidaran sobre qué hacer con él como si fuera un objeto.

–Bueno, ya veremos lo del tatuaje después. Lo que quiero ahora es que le depiles el pecho –dijo Zoom.

–Será con toda la armada respaldándote –dijo Raven y se acercó a Zoom en un gesto amenazante–. Nadie me va a depilar el pecho.

–Tú eres el modelo y yo soy el fotógrafo –dijo Zoom en un falso tono intimidatorio–. ¿Entendido?

–Y yo soy la vicepresidenta –dijo una voz fría y muy femenina–. ¿Entendido?

Liney se había puesto una camisa y una blusa, junto con unos zapatos a juego. El pelo todavía parecía rabiosamente revuelto, pero había logrado subyugarlo con una goma. Se había lavado la cara y solo llevaba un poco de maquillaje en los labios. Raven pensó que parecía una niña que quería parecer mayor.

–Si hay alguien que tiene derecho a presumir de rango, esa soy yo –dijo Liney–. Y ahora, decidme, ¿cuál es el problema aquí?

Capítulo Siete

–¡Quieren depilarme! –dijo Raven con una mirada desafiante.

Zoom miró al fotómetro que llevaba colgado del cuello y pendía sobre su pecho, evitando mirar a ninguno de los presentes.

–Era solo una sugerencia –dijo inocentemente–. Pero el modelo ha reaccionado de un modo muy exagerado.

Raven dijo algo entre dientes.

Liney miró a su equipo. Cookie balanceaba de un lado a otro la ridícula coleta que llevaba. Zoom seguía jugando con el fotómetro. Timothy lo hacía con sus gafas. Era como estar en una estúpida reunión en la que la premisa fuera «haga usted lo que quiera con su objeto favorito».

–Queremos un modelo masculino, no un modelo depilado, así que nada de afeitarlo –mantuvo el rostro sin expresión alguna, principalmente porque le daba la apariencia de estar al mando de la situación–. ¿Algún problema más?

Cookie miró a Liney de arriba a abajo.

–Al parecer has encontrado tu tienda.

Sí, claro que la había encontrado. Al bajar de la peña, se había tropezado y había caído sobre una diminuta tienda de campaña. Al entrar, se había encontrado toda su ropa de diseño mal apilada en el centro. Demasiado cansada como para llevarse otro disgusto, había decidido ponerse lo primero que encontrara. Si bien la camisa y la falda estaban un poco arrugadas, prefería, no obstante, su ropa de ejecutiva a aquellos vaqueros.

–Sí, he encontrado la tienda –dijo dulcemente–. Gracias por haberme sacado la ropa –para confundirlos aún más, sonrió–. Pero ya está bien de hablar de mí. ¿Hay alguna otra cosa por discutir respecto a la sesión de esta mañana?

Los cuatros la miraron. Todos, excepto Raven, tenían gestos culpables. Él, sin embargo, parecía aliviado. Era todo un contraste ver a un hombre del tamaño de un mamut mirándola con tan inocente agradecimiento. Ella se ruborizó, y apartó la mirada. ¡Craso error! Pues sus ojos fueron a parar a aquel pecho fornido y

velludo.

Mientras trataba de recordar cómo se respiraba, su mirada descendió aún más, hasta encontrarse con un reguero de vello que apuntaba directamente hacia abajo.

–¿Liney? –dijo Zoom.

Trató de responder, «¿qué?», pero en lugar de eso, se oyó un gemido sospechoso.

–¿Estás bien? –le preguntó.

Su intensa colonia actuó como un bote de sales puesto en la nariz.

–Estoy perfectamente –tragó saliva y prefirió no decir nada más, pues no sabía lo que su inconsciente boca habría de proferir.

No se atrevió a volver a mirar al pecho de Raven y se centró en algo tan estúpido y ridículo como la coleta de Cookie.

–Vamos –pudo decir con vigor y se dio la vuelta con decisión, dispuesta a salir de allí. Pero no había imaginado lo que las suelas de cuero podían hacer en un suelo como aquel. Como si de una pista de patinaje se tratara, volvió a darse la vuelta involuntariamente, acabando de nuevo en la posición inicial.

Totalmente avergonzada, hizo lo imposible por no parecer afectada. Tal vez si actuaba como si aquella pirueta acrobática fuera algo normal, podría salir airosa.

Liney sintió el sudor descender por su frente, pero no estaba dispuesta a dar pruebas de debilidad quitándoselo. Además, podría ser que en el camino se diera algún golpe accidental y eso sí que sería catastrófico.

–¿Seguro que estás bien? –volvió a preguntar Zoom.

–Los zapatos son nuevos –aclaró ella–. No he tenido la oportunidad de desgastar las suelas.

Tras decir aquello, giró lentamente y salió de allí, sin olvidar que un pie iba detrás del otro.

Una hora más tarde, Raven estaba junto al fuego que habían creado en el campamento, con una sartén en la mano y fingiendo cocinar algo.

–Todavía se ve la iguana del brazo –dijo Zoom impaciente–. Vuélvete hacia la izquierda. Atrás. No, no tanto –apartó el ojo de la cámara–. La próxima vez que elijas un modelo, por favor, que no tenga tatuajes del tamaño de Manhattan.

Liney, que observaba la escena desde su silla de director, prefirió no intervenir. Las cosas no parecían ir precisamente bien.

El sol y el calor de Wyoming estaban alterando los nervios de todos. Llevaban un día de retraso en la sesión fotográfica y, encima, habían empezado tarde. Además, una de las cámaras de Zoom había optado por romperse.

Con la cara llena de sudor, Zoom volvió a mirar a través de su cámara.

–De acuerdo, un poquito más a la derecha… ¡Así! ¡Fantástico! Quédate así.

Raven se incorporó bruscamente y se dio una cachete en el brazo.

Zoom lo miró desesperado.

–¡Otro mosquito! –dijo, incapaz de ocultar su frustración.

–Sí –ladró Raven–. Esa cosa que me ha puesto Cookie los atrae como si fuera miel.

–Cookie, cariño, ¿qué demonios le has puesto al modelo? –dijo Zoom.

–Estaba probando un nuevo maquillaje.

–Pues lo que sea, quítaselo ya.

Cookie se aproximó y comenzó a limpiarle el cuerpo con una toalla de color mandarina. Raven alzó los brazos, para facilitarle el trabajo.

Liney se dio cuenta, de pronto, de que se estaba pasando la lengua por los labios. Miró de un lado a otro para comprobar que nadie la había visto.

En cuanto Cookie terminó, volvió a su silla con su habitual balanceo de caderas.

Liney notó que Raven seguía con demasiado interés aquel movimiento. ¿Es que se sentía atraído por Cookie? ¿Y a ella qué más le daba?

Se quitó con rabia un trozo de lodo que tenía en el tacón y miró a Raven de nuevo. Se había agachado y se inclinaba sobre el fuego con la sartén en la mano. Sus abdominales musculosos no mostraban ni la más mínima traza de grasa. Ella respiró profundamente, tratando de justificar el repentino sudor por el calor del lugar.

–¡Timothy! –Zoom se dirigió a su joven asistente–. Tráeme el filtro número dos. ¡Cookie, el modelo tiene sudor en la espalda!

La maquilladora se acercó tanto para quitarle la mancha que casi se puso encima de él.

Liney no pudo más y saltó como una endiablada.

–¡Límpialo con la toalla, no con tu camiseta! –todo el mundo la miró y ella sonrió y volvió a sentarse–. Estaba preocupada por… la

factura de la tintorería.

Cookie la miró perpleja y, acto seguido, volvió de nuevo a su sitio con su insinuante movimiento.

–Sigue cocinando, «hombre rudo» –Zoom comenzó a tomar fotos–. ¡Estupendo! Tenemos unas buenas fotos de nuestro hombre con sartén. Ahora necesito algo sexy, que invite a las lectoras a comprar esta revista en lugar de *Bon Appétit*.

Cookie se levantó de la silla y comenzó a agitar la mano de un lado a otro.

–¿Sí, Cookie? –dijo Zoom, tomando la posición del jefe.

Cookie balanceó las caderas y se dirigió al grupo.

–Tengo una idea. Podrías fotografiarlo mientras duerme. Ya sabes, antes de hacerse el desayuno. Está soñando con todo lo que va a comer cuando se levante, mientras está ahí tumbado, desnudo.

–¡Desnudo! –Raven se levantó de golpe–. ¿Queréis que me desnude?

Liney apretó el brazo de su silla.

–¡Sí! Digo, no. Bueno, tal vez sí. No lo sé –murmuró ella.

Raven la miró perplejo. Liney se disponía a decir algo, cuando Cookie la cortó.

–¡Sería estupendo! Y no tendrías que estar completamente desnudo.

–Es una fantástica idea –dijo Zoom–. Además, la imagen podría ir acompañada de un artículo que se encabezara: «El hombre rudo sueña con un desayuno caliente». ¡Vamos a prepararlo todo! Bueno, claro, si la vicepresidenta está de acuerdo.

Aquella era la oportunidad de Liney de ganarse a su equipo. Era la primera vez que veía a Zoom entusiasmado con algo. ¡Eso podría hacer que realmente se ganara a sus subordinados! Harían un gran reportaje y ella volvería a Los Ángeles victoriosa.

Se volvió hacia Raven, que la miraba como si estuviera a punto de estallar una tormenta dentro de él. Todo su cuerpo decía «ni hablar».

Liney se rio nerviosamente.

–Si serán solo unas pocas fotos. Además, no vas a estar realmente desnudo –Liney apartó a Raven del grupo. Era mejor que trataran aquello en privado–. Te dejarás puesta… ya sabes… la ropa interior.

Ella esperó una respuesta que no obtuvo.

–¿Es que no llevas ropa interior?

Él se inclinó sobre ella peligrosamente.

–Sí, llevo ropa interior, pero teniendo en cuenta lo pequeña y

ajustada que es, me daría lo mismo no llevar nada, no sé si me entiendes.

Liney tragó saliva y tosió ligeramente.

–Sí, creo que te entiendo –el aire parecía haberse espesado de repente–. Bueno, podrías quitarte los pantalones detrás de una manta, así nadie vería tu…

–¿Mi qué?

–Tu ropa interior –dijo ella rápidamente. Cada vez tenía más calor y la camisa se le pegaba al cuerpo casi con rabia.

Su gesto ceñudo se suavizó un poco.

–¿Y Cookie va a empezar a restregarme las piernas con todas esas cosas que me pone y me quita?

Liney apretó el puño y lo alzó.

–Le partiría los morritos esos que tiene si se atreviera a acercarse a ti –la frase salió con un ímpetu animal. Inmediatamente, se dio cuenta de su salida de tono y sonrió.

¿Qué le estaba ocurriendo? ¿Cómo podía estar celosa de Cookie? ¿No era ella Liney Reed, la mujer que estaba siempre al mando de la situación?

Alzó la cabeza y estiró la espalda.

–Ya voy a hablar con ella sobre eso de restregarte los melones por la espalda.

–Lo que me restregó fue una toalla.

–Eso también –Liney se quitó el sudor de la frente–. ¿Y bien?

–¿Qué?

–¿Lo harás?

Él la miró durante un rato.

–Son solo tres días y medio –se dijo él, y comenzó a desabrocharse la bragueta.

–¿Quieres una manta para cubrirte?

–No. Si más de mil mujeres me van a ver desnudo, qué más me da añadir otras dos.

En el momento en que comenzó a bajarse los pantalones, ella se dio la vuelta y se alejó de él.

Cookie, que estaba tras la silla de Liney, emitió un largo silbido de apreciación.

–¡Liney, te estás perdiendo el espectáculo!

Liney se tensó.

–Soy respetuosa con él, eso es todo.

–Sí, claro, y yo también. ¡Guau!

Liney se sobresaltó.

–¿Qué?

–¡Es enorme! –dijo Cookie–. Ya puedes mirar. Se ha metido debajo de la manta.

Liney se volvió lentamente.

Raven se había cubierto ligeramente con la manta de indio navajo, pero dejaba ver unas piernas musculosas y poderosas, cubiertas de vello negro. Era un crimen ocultar unas piernas como esas bajo un par de pantalones.

–Muy bien, hombre rudo, muéstranos tu «sex appeal»… Eso es. Timothy, mueve el reflector. De acuerdo. Vamos a pasar de las tomas en que estás durmiendo, porque tenemos algo bueno aquí. Mírame otra vez con esos ojos que dicen «nena, te deseo desde primera hora de la mañana».

Raven miró a la cámara con ira.

–No, no es eso lo que quiero. Así le estás diciendo que la odias, no que la quieres. Supón que tienes a Pamela Anderson Lee justo delante de ti.

–¿Quieres que me ponga yo? –se ofreció Cookie como una gata hambrienta.

–No necesito ni a Pamela Anderson Lee, ni a nadie –protestó Raven.

Liney no pudo evitar sentir cierta satisfacción ante el rechazo de Raven. Se tuvo que morder el labio para evitar una indeseable sonrisa.

–De acuerdo, volvamos a intentarlo de nuevo –sugirió Zoom.

Raven respiró profundamente y se quitó el sudor de la frente. Acto seguido, miró por el objetivo de la cámara.

–Tienes que cambiar la expresión de tus ojos–insistió Zoom.

–Yo sé cómo puedo ayudarlo –dijo Cookie–. Rave, imagínate a ti mismo como un animal, como una «bestia».

Como si se tratara de Neptuno emergiendo de las aguas, Raven se puso de pie enfurecido.

–¡No soy ninguna «bestia» y mi nombre es Raven, no Rave! –se dirigió directamente hacia Liney–. Me has contratado para que posara para unas fotos y yo accedí porque necesitaba el dinero. Pero no pienso hacer nada de eso a costa de mi autoestima. ¿Por qué la gente se cree con derecho a llamarte lo que ellos quieren?

Eso mismo habría deseado preguntar ella desde hacía semanas.

Liney retrocedió para apartarse un poco de la imponente presencia de aquel cuerpo desnudo. Su mirada se centró en un reguero de sudor que corría por su torso, hasta el bajo vientre y que se perdía en una mata de pelo negro.

–¿Qué tienes que decir, Liney? –le preguntó Raven con la mirada

encendida por la ira.

Ella quería responder, comportarse conforme a lo que correspondía a su puesto de vicepresidenta y lograr que la tensión se disipara. Pero, al abrir la boca, todo lo que salió fue una onomatopeya inclasificable. Trataba de vencer el calor y la sensación de mareo, mientras miraba la masiva presencia masculina que se alzaba ante ella como un gran dios de bronce.

Un dios de bronce con escasa ropa interior.

–¿Liney? –insistió Raven–. ¿Qué tienes que decir?

Ella abrió los ojos y suspiró.

–¡Enorme!

Capítulo Ocho

–¿Qué se supone que es enorme? –preguntó Raven entre dientes.

Liney se limpió el sudor de la frente y se ruborizó.

De pronto, Raven se dio cuenta de que se estaba comportando así porque él estaba en ropa interior. Estaba tan sumido en su rabia que no había notado ese pequeño detalle.

Pues lo sentía.

Todo el mundo quería que se desnudara, pues allí estaba, desnudo.

–¿Y bien? ¿Qué piensas de todo esto? –volvió a preguntar él

–¿Esto? ¿Qué es «esto»? –preguntó ella.

–Pues el hábito que tienen los miembros de tu equipo de llamarme «bestia», o Rave o «hombre rudo». Mi nombre es Raven y no recuerdo haber firmado en ninguna parte que tenía que permitir que me llamaran como ellos quisieran.

–A mí tampoco me gusta que me pongan motes –dijo ella, refiriéndose a lo de «dama dragón». La verdad era que entendía perfectamente por qué se había puesto furioso.

–El problema con los apodos es que la gente empieza a pensar que la persona es lo que ese nombre significa –dijo Raven–. Si me llamáis «bestia», acabaréis tratándome como si lo fuera.

Se hizo un silencio tal, que se podía oír el sonido de un manantial próximo.

–¿Cómo te sentirías si yo te llamara a ti Zoo en lugar de Zoom –Zoom bajó los ojos y Timothy hizo lo mismo.

Cookie se aproximó a él con lágrimas incipientes.

–Siento haberte llamado Rave, de verdad…

Raven ya había dicho lo que tenía que decir. Había confesado algo que siempre había querido mantener en secreto. Quizás eso les serviría a todos para darse cuenta de que no está bien ponerle etiquetas a la gente: ni Rave, ni «bestia», ni tampoco «dama dragón».

Raven miró a Liney.

–Deberías haberme dicho cuando estábamos en el Blue Moon

que tenía que hacer no solo de modelo, sino también de «pastel de carne».

–Lo siento –dijo ella–. Tienes razón. Soy por completo responsable de lo que ha ocurrido. Lo único que puedo alegar es que mi propósito se centra en lograr que la revista tenga un alto grado de sensualidad, porque eso es lo que las mujeres quieren.

–¿Cómo sabes qué quieren las mujeres? –no era su intención ser brusco, pero aquel comentario se acercaba mucho al concepto de «etiquetar» a la gente–. ¿Por qué asumes que lo que las mujeres buscan es un hombre sudoroso en una Harley, sin nada en el cerebro?

–Sé lo que las mujeres quieren… –juntó las manos en el regazo–. Por un estudio de márketing que hemos hecho.

Parecía que estuviera recitando algo aprendido de memoria.

–¿No se te ha ocurrido pensar que, quizás, algunas mujeres buscan en los hombres compañía y conversación?

Liney lo miraba con las manos unidas con tal fuerza que los nudillos se le habían puesto blancos. Tenía los ojos justo a la altura de los pectorales de él, por lo que le tomó unos segundos apartar la vista de ellos y alzar la mirada.

–Ya te he pedido disculpas –dijo ella–. Pero puesto que insistes en seguir con el tema, déjame ir más allá. Te diré que considero que las mujeres y los hombres son exactamente iguales. Y esto lo dice una mujer que está compitiendo en un mundo de hombres. ¿Sabes cuántas vicepresidentas hay en mi compañía?

–No, no lo sé.

–Yo, solo yo. Mi jefe quiere cambiar eso, pero, de momento, eso es lo que hay.

Liney resopló indignada y produjo tal movimiento que el tejido de su camisa se le pegó a los senos. Raven se dio cuenta de que no llevaba sujetador. Rápidamente, apartó la mirada y se centró en sus ojos.

–He tenido que luchar el doble para conseguir lo que se le da a cualquier hombre automáticamente, sin que tenga que hacer prácticamente nada. Así que no me taches de ser una mujer hambrienta de poder y que disfruta denigrando a los hombres.

Zoom y Timothy la miraron atónitos. Cookie se quedó boquiabierta, como si fuera la primera vez que veía a Liney.

Raven no tenía más remedio que admitir que aquella cara de Liney era estupenda. Si se hubiera tratado de un discurso para llegar a ser presidente, él le habría votado. Aún más, tenía que admitir que aquella mujer lo había cautivado. Tal vez, era por eso

por lo que cada vez pensaba menos en Char.

Liney, consciente del efecto que estaba produciendo en su audiencia, sonrió satisfecha y se dirigió al centro para continuar con su campaña.

–No solo respeto a los hombres, sino que jamás he tratado a ninguno como un objeto sexual, ni jamás lo haré.

Raven, impresionado por la frase, estaba a punto de aplaudir, cuando una voz irrumpió desde la cima de la colina.

–¡Hola, Liney!

Todo el mundo alzó la vista. Allí estaba Gomer, agitando el sombrero.

–He pensado en la palabra «sexy», tal y como me dijo. He traído un montón de ropa ajustada para el «hombre rudo».

Raven miró a Liney, que se había quedado completamente lívida.

Gomer descendió la colina y se aproximó a ellos con una maleta que dejó en el suelo. Miró a Raven de arriba a abajo como extrañado por su desnudez.

–Parece que he llegado justo a tiempo –dijo y se frotó las manos, disponiéndose a abrir la maleta–. No he tenido que ir hasta Cheyenne. Me he pasado por la tienda de King Karl, y está encantado de que su ropa vaya a salir en la revista.

Gomer abrió los cierres y la tapa y sacó unos vaqueros negros. Se los ofreció a Raven que se los puso con dificultad. Estaban ajustados, muy ajustados, pero le quedaban como un guante, resaltando cada músculo de sus piernas, lo que a Liney no le pasó desapercibido.

–Todo lo que he traído es «sexy», tal y como me pidió y con todas estas cosas el «hombre rudo» lo va estar –Gomer le pasó a Raven una camiseta estrecha.

Zoom le susurró algo a Timothy, quién miró a Liney y se rio. Sin duda era una risa malintencionada. Había sido una verdadera mala suerte que Gomer hubiera interrumpido su discurso, precisamente con aquellos comentarios.

Raven se debatía entre querer castigarla y quererla consolar.

–Lo único que siento en es que Karl no tenía botas. Solo tenía unos zapatos para jugar a los bolos, pero le he dicho que no, porque no eran sexys.

–De acuerdo –murmuró Liney–. Ya está bien de ropa y de zapatos…

–¡Por cierto! Se me olvidaba. Karl me ha dado esto también –Gomer sonrió y un diente de oro brilló bajo el sol–. ¡Un látigo! Karl

lo usa cuando conduce al ganado.

–Nuestro «hombre rudo» no va a conducir vacas.

–Pero está aquí, en mitad del desierto, cazando y haciéndose su comida, ¿no? –Gomer agitó el látigo, que golpeó el aire con fuerza, produciendo un chasquido.

–¡Nada de látigo! –dijo Liney.

–¿Por qué no? –preguntó Raven con ironía–. Seguro que estoy arrebatadoramente «sexy» con un látigo en las manos.

–Yo no le pedí a Gomer que trajera eso –dijo con la voz temblorosa.

–Pero sí le pediste que me trajera ropa como esta.

Liney comenzó a pasear de arriba a abajo, nerviosa e impaciente.

–Escucha, lo que he dicho antes era verdad. Yo trato a los hombres como iguales.

–Pero no tratas a tus compañeros como iguales –apuntó inesperadamente Zoom con mucha frialdad.

Liney tuvo que apretar los puños para contener las ganas de estrangularlo.

–¡Eso no es verdad! –gritó ella–. Las cosas se me han ido de las manos, por haber aceptado la idea que ha propuesto Cookie. Y tú has sido parte de todo eso, colaborando con eso de «El hombre rudo sueña con un desayuno caliente». ¡Lo único que he hecho yo en todo esto ha sido sentarme y dejar que dirigieras la sesión!

–¡Puedes decir que lo hiciste por nosotros! –continuó Zoom–. Pero fue tuya la idea de que el reportaje fuera «sexy». Y, por cierto, hablando de eso, vamos a tener que repetir todo de nuevo, porque el cuerpo de tu modelo puede ser estupendo, pero tenía un gesto que podría haber hecho que nevara en una playa tropical.

–¡No pienso volver a pasar por todo eso otra vez! –dijo Raven furioso–. Estoy harto de todo esto. Yo me largo.

Liney apretó los puños.

–No puedes. Has firmado un contrato. No puedes irte y dejar el trabajo a medias.

Raven frunció el ceño.

–¿Y qué vas a hacer? ¿Despedirme? Pues te ahorro el esfuerzo despidiéndome yo.

–No puedes irte –dijo Liney–. Si lo haces, le deberías a la revista todo tu sueldo, más los gastos en que incurriríamos por llevarte a juicio.

Él se detuvo de golpe. Muy lentamente, se volvió hacia ella.

–¿Qué?

–Legalmente, nos deberás tu sueldo, más todos los gastos…

–Te he oído perfectamente, pero, sencillamente, no me puedo creer que, realmente, hayas dicho lo que has dicho. ¡Nunca en mi vida me había topado con una cabeza dura semejante y, créeme, me he topado con unas cuantas!

Ella se aproximó.

–¡Yo no puedo renunciar, así que tú tampoco! –gritó ella, mientras veía cómo su futuro en Harriman Enterprises se montaba en una Harley. Después de un rudo sonido de motor, el hombre y la máquina se esfumaron en una nube de polvo.

–¡Ojalá pudiera ser yo la que se fuera así! Cualquier cosa sería mejor que estar aquí con…

Liney sintió que el estómago se le encogía. Sabía que lo que iba a decir: la «dama dragón».

Cookie se alejó sin terminar la frase.

Zoom se acercó a ella.

–Gracias, Liney, por culparnos a todos de tus errores. Llevo quince años trabajando para la revista, y estas últimas veinticuatro horas han sido las peores que he vivido –metió la cámara en el estuche–. Vamos a recoger, Timothy, y acabemos de una vez con el trabajo más corto de la historia.

Timothy siguió a Zoom hacia la tienda.

Pasados unos segundos, Liney suspiró pesadamente.

–Estás muy callado, Gomer.

–Ya había demasiada gente hablando, sin que hiciera falta que me uniera yo. De haberse tratado de un fenómeno atmosférico, lo que acababa de pasar habría que haberlo llamado «tormenta».

Liney no pudo evitar sonreír.

–Bien, ya se han ido, así que quiero que me digas claramente una cosa. ¿De verdad soy tan dura e irrespetuosa con mis trabajadores?

Gomer sacó un palillo del bolsillo y se lo metió en la boca. Respondió después de pensárselo.

–No, no es irrespetuosa.

Liney no sabía si llorar o reír.

–¿Algo más que añadir?

–Sí. Vamos a refugiarnos de este calor, porque nos vamos a convertir en un par de trozos de beicon frito. Mi camioneta no es el lugar más adecuado para una dama como usted, pero no hay nada mejor que pueda ofrecerle.

La había llamado «dama» y no «dama dragón».

Minutos después ya estaban sentados. Gomer sacó un par de

refrescos de una pequeña nevera.

Le dio uno Liney.

–Es una pena que no se lleve bien con su equipo.

Liney dio un sorbo a su bebida de limón.

–Me da la impresión de que tú eres el único con el que me llevo bien en este viaje.

Gomer se quitó el sombrero y se pasó la mano por la espesa masa de pelo blanco.

–Liney, usted es una mujer adorable, a la que realmente le importan lo demás, pero que, algunas veces, se empeña en complicar las cosas.

–¿Cómo puedes decirme todo eso, después del espectáculo que acabo de dar?

–Porque veo mucho más allá –dijo muy serio–. Veo su corazón.

Ella jugueteó con la lata de refresco.

–Debe ser muy difícil ver el corazón de una «dama dragón», ¿no?

–No lo sé. No he visto ninguna por aquí últimamente.

Liney bajó la guardia, lo que no era habitual en ella. Después de todo, ¿qué más podía perder?

–Esta mañana pensaba que estaba consiguiendo llevarme bien con todo el mundo, creí que, realmente, empezábamos a ser un equipo. Cookie se sentía valorada, Zoom, importante, Timothy también… Ahora vuelve a ser ellos contra mí. ¿Por qué no me puedo llevar bien con mis empleados?

Gomer miró por la ventana.

–Con la gente, lo primero que hay que hacer es tratar de imaginarse qué tienen dentro. Así se sabe por dónde empezar. Cookie se pone a competir con toda mujer que se le pone delante, especialmente si hay hombres. Algún día aprenderá que la amistad de una mujer es más importante que la atención de un hombre.

–Eso no me dice cómo llevarme bien con ella.

Gomer miró a Liney con un gesto comprensivo.

–Zoom y usted se parecen más de lo que creen. Él también necesita el reconocimiento de sus ideas para sentirse bien. Timothy… bueno, necesita un buen mentor y Zoom acabará siéndolo.

–¿Zoom? –preguntó Liney incrédula.

–El tiempo lo dirá.

En la distancia se oyó un ruido y una nube de polvo se alzó en el horizonte. En cuestión de segundos, la máquina negra y cromo se aproximaba hacia ellos por la carretera arenosa. Sobre la máquina,

iba un hombre capaz de parar los latidos del corazón de Liney.

–Raven –dijo ella emocionada–. Ha vuelto.

Capítulo Nueve

A través del parabrisas de la vieja camioneta, Gomer miraba a la motocicleta que se aproximaba hacia ellos.

–Raven tiene un corazón tan grande como su cuerpo –dijo pensativo– . Lo único que necesita es volver a confiar y aprender a amar otra vez.

Mientras observaba la escena, Liney recordó su entrada triunfal en el aparcamiento del Blue Moon el día anterior. Su aparición había sido igualmente poderosa, intensa, envuelta por aquel rugido infernal. En mitad de aquel caos se sentaba Raven, el hombre.

Su espesa mata de pelo negro estaba revuelta y era agitada por la furia del viento. Sus brazos, fuertes y bronceados acababan en unas manos grandes que agarraban el manillar con firmeza. Liney se preguntó si sería así como agarraba la vida, con ambas manos, exigiendo sumisión. Si a alguien no le gustaba su modo de hacer las cosas, lo descartaba y continuaba su camino: un eterno solitario, una criatura que se había creado su propio camino en la vida.

Y, a pesar de todo, había regresado. ¿Por ella? El pulso se le aceleró. «Ridículo. ¿Cómo iba a regresar por mí? Vuelve por su trabajo».

A pesar de todo, el corazón le latía con toda su fuerza, mientras la mente le daba vueltas a románticas fantasías.

Raven detuvo la moto y el ruido cesó.

–¿Cómo sabes que necesita aprender a amar otra vez?

–Lo sé porque, hace tiempo, yo tuve el mismo dilema. Tenía miedo de que me volvieran a hacer daño y no sabía si cerrar mi corazón o confiar y amar de nuevo.

–¿Y qué hiciste?

Gomer miró al horizonte.

–Me dejé llevar por lo que me dictaba el sentimiento y acabé casándome con el amor de mi vida. Ya no está conmigo pero hizo de mí el hombre que soy hoy.

Liney le agarró la mano.

–Tuvo mucha suerte de dar contigo, Gomer.

–Gracias –abrió la puerta de la camioneta–. Vamos a dar la bienvenida al guerrero que ha regresado.

Liney sintió la rabia del sol de Wyoming sobre el rostro. Por primera vez, envidió a Cookie por ser capaz de ponerse aquellos pantalones tan cortos y aquellas camisetas tan escasas.

Liney se disponía a seguir a Gomer, pero se contuvo y se quedó atrás, medio escondida detrás de la camioneta. Esperaba que Raven se hubiera tranquilizado, pero la preocupaba que pudiera estar todavía rabioso por haberse sentido como un hombre objeto.

Pronto, una sonora carcajada salida de labios de Raven confirmó que la tormenta había amainado. Fue entonces cuando, con decisión, se encaminó hacia ellos.

Al ver que se acercaba, Gomer alzó la mano y la saludó.

–Le he dicho a Raven que le va a enseñar dónde están los refrescos –dijo Gomer–. Mientras tanto yo iré a reunir al resto del equipo.

Liney miró a Raven.

–¿Te quedas, entonces?

Él asintió.

–Estupendo –Liney tuvo que reprimir su expresividad, porque realmente se sentía feliz de que hubiera decidido volver–. Gomer, dile a los demás que la sesión continuará dentro de una hora y que… yo no estaré con ellos esta tarde –Gomer la miró interrogante–. Creo que mi equipo necesita librarse de la «dama dragón», al menos durante unas horas. Pero no les digas esa parte.

Gomer la estudió unos instantes.

–La dama necesita descansar también, ¿verdad?

Tras una amigable palmada en la espalda de Raven, se alejó de ellos.

Liney se quedó allí, de pie, sintiéndose como una montaña sudorosa envuelta en seda y crepé.

–¿Quieres un refresco? –le preguntó a Raven.

Raven farfulló algo parecido a un sí y se encaminaron hacia la camioneta.

Liney abrió la puerta.

–Aquí está la nevera: hay refrescos de limón y de cola. ¿Qué quieres?

Un familiar aroma a almizcle llegó hasta ella cuando Raven se aproximó para ver por sí mismo lo que había en la nevera. Al agacharse a buscar una lata, su brazo rozó el de Liney. Sintió la dureza y rotundidad de sus músculos y la sensación que le causaba su piel al rozar con la de ella era tan placentera, que se hacía casi

insoportable.

De no haber estado agarrada al asiento, se habría desvanecido como una heroína victoriana.

Raven la miró confuso.

–¿Estás bien?

La mirada de Liney estaba fija en el cuero de imitación del asiento.

–Sí, estoy bien. ¿Por qué?

–Bueno, o bien estás viendo algo realmente interesante en ese asiento, o realmente no te encuentras bien.

Se volvió a mirarlo.

–Creo que me está dando una lipotimia –cerró los ojos, y se arrepintió de la estupidez que acababa de decir.

–¡Oh, nena! ¿Cómo no lo habías dicho antes? Agárrate a mí.

La niña buena hizo lo que él le ordenaba.

–Tienes que meterte en la camioneta, para que no te dé el sol. ¿Dónde está tu teléfono? Voy a llamar al médico.

–¡No! –dijo ella con vehemencia–. Ya estoy mejor.

Raven empezó a desabrocharle la camisa.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó ella bruscamente.

–Necesitas que te dé el aire. Con este calor no puedes ir con la camisa abrochada hasta el cuello. Así… ¿Te sientes mejor?

La miraba con verdadera preocupación. Pero en lo único que podía pensar ella era en él, en aquella presencia poderosa, potente, fuerte.

Se puso la lata en la frente y consiguió enfriar su piel, pero no sus pensamientos.

–No deberías inclinarte sobre mí así –le susurró Liney.

Pareció confuso.

–Sí, tienes razón. Necesitas espacio para respirar.

–Sí… claro, eso es… –dijo ella jadeando.

La miró consternado.

–Bebe. Pareces deshidratada.

Buena idea, así podría ocultarse detrás de la lata. Se llevó el refresco a los labios, pero se derramó parte del líquido por el cuello y por el pecho.

–Déjame que te ayude –dijo Raven y procedió a quitarse la camiseta.

–¿Qué estás haciendo? –le preguntó Liney, anonadada ante el panorama que tenía delante.

Con la camiseta, le limpió el refresco de la cara y el cuello.

–No hay ningún trapo, así es que esto es lo mejor que te puedo

ofrecer.

«Lo mejor es tu torso descubierto», pensó Liney, sorprendida de que la soda no empezara a hervir por la acción del calor que emanaba de ella.

Mientras la limpiaba murmuró algo.

–Debería haberte ayudado.

–Lo has hecho –respondió ella–. Estás aquí –inesperadamente, unas lágrimas aparecieron en sus ojos–. Lo siento… Nunca me pongo así… Bueno, al menos nunca dejo que la gente vea esta faceta mía.

Él se inclinó sobre ella para colocarle el cuello de la camisa.

Sin querer, le rozó ligeramente el cuello. El corazón comenzó a latirle con fuerza.

–Tengo tres hermanas –dijo él pensativo–. Así que he aprendido a respetar el espacio de las mujeres. En este caso, he regresado porque estaba preocupado.

Ella reprimió un gemido, mordiéndose el interior de la mejilla.

–¿Estás bien?

«Compórtate de un modo normal». Respiró hondo y se centró en llevar la conversación por el rumbo que él había marcado.

–Se me han pasado muchas cosas por la cabeza cuando estaba allí con todos. La verdad es que, en cuestión de minutos, he pasado de sentirme «dama dragón» a ser «Cenicienta».

–Es una combinación explosiva –dijo él con una sonrisa.

–Sí. Pero en el fondo, las dos son parte de mí. La primera es la imagen que doy a la empresa. La otra es parte de un sueño infantil

–Siento que te llamen «dama dragón».

–Bueno, sé que puedo ser muy manipuladora y dominante.

Después de unos segundos, Raven continuó.

–Mi hermana Moira se parece mucho a ti. ¿Me permitirías que te diera un consejo?

Poca gente se atrevía a ser tan directa con ella y a hablar con claridad. Tampoco solían demostrarle su cariño.

Liney asintió.

–No trates a la gente como si fueran tus marionetas. Si eres respetuosa con la gente, ellos también te respetarán a ti.

Raven parecía realmente preocupado por ella.

–Lo tendré muy en cuenta. Voy a intentar ser una mejor vicepresidenta para antes de que acabe la sesión de hoy.

–Y ahora cuéntame cosas sobre «Cenicienta» –dijo Raven en un tono menos denso–. ¿Pensabas que algún día llegaría el príncipe y te rescataría? Ella hizo una pausa.

–Ahora que lo dices, me habría gustado mucho que lo hubiera hecho cuando mi padre se quedó sin trabajo. Era tan infeliz… Antes de todo aquello, solía leerme cuentos, historias como *La bella durmiente* o *La Cenicienta*, que era mi favorita. Pero después, si en algún momento me acercaba a él, mi madre me pedía que lo dejara, que no se encontraba bien –le vino a la memoria la triste imagen de su padre delante de la televisión.

–¿Y qué pasó entonces con tu sueño de ser «Cenicienta»?

La mirada de Liney estaba llena de dulzura. Parecía tan joven, tan relajada. Era la parte infantil de Liney que, a veces, afloraba a la superficie.

–¿Me prometes no contarle a nadie esta conversación? Después de todo tengo una imagen que preservar.

La niña podía haberse escapado de su interior momentáneamente, pero la vicepresidenta seguía aún al mando.

–Prometido –dijo él.

–Bueno, abandoné mi sueño de ser «Cenicienta», pero, durante mucho tiempo, lo que más habría deseado habría sido tener una tienda de cosas fantásticas –alzó las cejas con entusiasmo–. La tienda habría estado llena de libros de cuentos, dragones en miniatura, barcos de cristal, muñecas vestidas de bailarinas –sonrió–. ¿Y tú? ¿Cuál era tu sueño?

–La verdad es que de niño no tenía ningún sueño en particular, pero tengo una ahora. Me gustaría tener un taller de motos que fuera una librería, un lugar en el que pudieras reparar tu moto y tu alma.

No le había hablado a nadie de aquel extraño sueño. Quizás Liney pensara que estaba completamente loco.

Pero no, no fue así.

Le posó la mano suavemente sobre el brazo.

–Quien quiera que te haya llamado «bestia», no estaba bien de la cabeza.

–Fue mi ex prometida, Char –dijo él y dio un sorbo a su refresco.

–No eres ninguna bestia –afirmó Liney con determinación.

–Pues, ya que estamos teniendo esta sincera conversación, te diré que realmente llegué a creerla. Me repetía a mí mismo continuamente que no tenía por qué, pero la cabeza y el corazón van por separado.

Liney comprendió de pronto lo que había estado sucediendo.

–Por eso hacer de «hombre rudo» te resultaba tan…

–Difícil.

–Lo siento –dijo ella–. Siento haberte hecho sentir como un

objeto sexual.

–Supongo que la mayoría de los hombres se sentirían felices de que les pagaran por sentirse objetos sexuales. Pero yo no. Mientras estaba con Char traté con todas mis fuerzas ser un hombre mejor, convertirme en un caballero civilizado, y, a pesar de todo, me dejó.

Sin embargo, todavía quiero mejorar…

Liney lo interrumpió.

–¡Tengo una idea!

–¿Debería empezar a temblar?

–Hablo en serio. Verás, podríamos cambiar la dirección que lleva el reportaje. Debería ser algo como «De rudo a refinado. La cocina de un caballero».

–¡Bien, esa idea me agrada!

Liney sonrió feliz.

–¡Fantástico! ¿Y sabes algo más?

–No, pero me lo vas a decir ahora mismo, ¿verdad?

–Si quieres, después de la sesión de cada día, podemos darnos un paseo y te puedo hablar de cosas como arte, historia, incluso comida o vinos.

–Hablar, eso me gusta.

–Pues empezaremos esta misma noche –dijo Liney–. Después de terminar, me puedes ir a buscar a mi tienda.

A Raven lo fascinaba aquella sonrisa satisfecha, le gustaba oírla reír, pues le provocaba un cosquilleo en el estómago. Por primera vez desde que todo aquello había comenzado, le daba pena que solo le quedaran tres días y medio con ella.

–De todos modos, antes de nada quiero hablar con mi equipo, y pedirles su opinión. Será el primer paso para deshacer mi imagen de «dama dragón».

–¿Se puede? –dijo Liney a la puerta de la tienda de Zoom. Desde allí, el lugar parecía como un pequeño palacio.

–¿Quién es? –preguntó una voz desde dentro.

–Buenas noticias.

Hubo una pausa.

–¿Qué «buenas noticias»?

–No voy a estar con vosotros en la sesión fotográfica de esta tarde – dijo ella con un sentido del humor del que no solía hacer gala con frecuencia.

Zoom asomó la cabeza por la puerta de la tienda.

–¿Se supone que ese comentario es gracioso?

Ella se encogió de hombros.

–Seguiré intentándolo. ¿Puedo pasar? Quería discutir una cosa contigo.

Zoom se encogió de hombros en un gesto despectivo. Liney tomó el gesto como una invitación y entró en la tienda.

El interior estaba lujosamente decorado con colores variados y fotos. Había, en una mesa, una gran variedad de tentempiés, como queso, fruta, etc… Pero Zoom no le ofreció nada. Agarró una de las cámaras, pulsó un botón y se acercó ella.

–He supuesto que te gustaría ver la cara de pocos amigos de tu hombre rudo.

Ella miró a un recuadro de la cámara digital en el que aparecía una imagen de Raven. Aunque era pequeña, se apreciaba claramente su gesto. Quitando la cara, el cuerpo estaba bien, muy bien.

Ella alzó el rostro y miró a Zoom.

–Tienes razón –confirmó–. Pero he tenido una idea que podría cambiarlo todo.

Se detuvo a recapacitar un momento sobre lo que le había dicho Zoom. «No trates a la gente como si fueran marionetas».

–Pero, antes de nada, me gustaría que me dieras tu opinión.

Zoom la miró perplejo.

–¿Mi opinión? –Sí, tu opinión –dijo ella–. Zoom, siento mucho ser tan difícil a veces. Sé que tengo cierta tendencia a mandar más allá de lo que me corresponde. Por eso no voy a estar en la sesión de esta tarde. Quiero que seas tú el que dirija. Después, podemos hablar y discutir sobre lo que necesitas.

Se quedó boquiabierto.

–Lo único que puedo alegar en mi defensa –continuó ella–. Es que quería realmente que este proyecto saliera adelante. Lo que me ha ocurrido es que he perdido la perspectiva y no he sabido tratar a la gente.

Liney sonrió conciliadoramente.

–¡Zoom! –Cookie entró en la tienda y se detuvo de golpe–. Lo siento, no sabía que tenías compañía.

–No es compañía, es Liney –dijo Zoom.

Liney se volvió hacia Cookie.

–También quiero pedirte disculpas a ti por haberme excedido en mis obligaciones como vicepresidenta.

Cookie la miró completamente confusa.

–Me estoy disculpando por ser tan dominante y cabezota, y por contar chistes malos.

–¡Bien, ya lo entiendo! –dijo Cookie.

–Así es que, antes de que empiece la sesión de esta tarde, me gustaría sugerir un cambio de dirección en el reportaje. ¿Qué os parecería si pasáramos de «Un hombre rudo cocina» a «De hombre rudo a refinado. La cocina de un caballero». Así podríamos utilizar las fotos de esta mañana, e iría cambiando, y apareciendo más feliz, según se va convirtiendo en un caballero.

Zoom frunció el ceño, mientras Cookie, sencillamente, la miraba perpleja.

Por fin, Zoom intervino.

–Quizás, las últimas fotos podríamos tomarlas en mi tienda, tiene un aire sofisticado.

Liney sonrió.

–¡Es una excelente idea! –aseguró Liney, feliz con el reconocimiento implícito que Zoom acababa de hacer de su cambio de dirección.

–Yo necesito comprobar que tengo el material necesario –dijo Cookie y se dispuso a salir.

–¿Te importa que me vaya contigo? –preguntó Liney.

Cookie la miró sorprendida, pero, al menos, no se puso pálida ni nada por el estilo.

–No, claro que no me importa.

Liney se volvió hacia Zoom.

–Que todo vaya muy bien esta tarde.

Al salir de la tienda, sintió toda la intensidad del calor. Caminó junto a Cookie, que estaba completamente en silencio. Liney se dio cuenta de que la muchacha parecía realmente tímida en aquellas circunstancias. Había estado tan sumida en sentirse desgraciada por cómo la trataban ellos, que no se había planteado que ella podía sentirse cohibida a su lado.

Pero estaba dispuesta a hacer que todo eso cambiara.

–Cookie, ¿podría pedirte un favor?

–Sí, claro.

–La ropa que me he traído es completamente inadecuada para un viaje así, especialmente con el calor que hace. Tú, sin embargo, te has traído exactamente lo que es adecuado para este clima. ¿Podrías prestarme algo de tu ropa? Si mi petición te incomoda, me puedes decir que no, y no pasa absolutamente nada.

Cookie se detuvo de golpe.

–¿Te gustaría vestirte como yo? Liney asintió.

Con una gran sonrisa, Cookie agarró a Liney del brazo.

–Sabes, amiga mía, tengo una camiseta estupenda, que te va a

quedar imponente, ya lo verás.

Capítulo Diez

Raven se encaminó hacia la tienda de Liney, con un hondo pesar en el corazón. Aquella era la última noche que Liney y él compartían aquel rato después de la sesión fotográfica.

También iba a ser la última vez que la viera con aquellos vaqueros cortos que le quedaban de impresión.

Aunque no paraba de decirse a sí mismo que no le importaba, que la vida seguiría adelante, tenía que reconocer que no era así. Se había acostumbrado a tener a su lado a una mujer inteligente e intensa, y también se había acostumbrado a esos maravillosos pantalones cortos que lo traían loco.

¿Quién se podría haber imaginado que Liney Reed, vicepresidenta de una gran empresa, pudiera ser tan sexy como Cindy Crawford y Julia Robert?

Llegó hasta la pequeña tienda de Liney. Dado el poco espacio que tenía dentro, había decidido colocar una mesa y una silla fuera.

No había asistido a las últimas sesiones, pero le aseguró a Raven que no se había sentido sola ni aburrida en ningún momento. Se había dedicado a leer las novelas del Oeste que le había prestado Gomer y a charlar con una ardilla a la que había bautizado como Bartholomew.

Por algo ya nadie la llamaba «dama dragón». Raven se preguntó si ella lo sabría.

–Qué bien, ya estás aquí. Zoom me ha enseñado las fotos de esta mañana. ¡Son fantásticas!

Liney comenzó a aplicarse la crema solar que se ponía todas las tardes antes de ir a pasear con Zoom.

Él no podía apartar la vista de ella, especialmente, cuando procedía con la parte alta de sus senos, que sobresalían, turgentes y apetitosos como dos bolas de helado de vainilla. Y es que a Raven lo volvía loco todo lo que fuera de vainilla. ¡Sin duda, la iba a echar de menos!

Se forzó a sí mismo a pensar en otra cosa.

–Zoom ha tomado parte de las fotos en su tienda, mientras yo

preparaba canapés o enfriaba el vino. Hay que ver la de comida que ha traído.

Liney alzó la mirada.

–Es un líder natural –dijo ella–. Cuando regresemos a casa, lo voy a proponer como Director Creativo.

Raven se quedó pensativo. «A casa».

–Vamos a darnos una vuelta –dijo Raven taciturno.

Comenzaron a andar.

–Acabo de terminar otra de las novelas que me ha prestado Gomer. Había pensado que hoy podríamos hablar de los libros que hemos leído. Según me dijiste, pasabas bastante tiempo en la librería de Char.

–Sí, bastante más tiempo que en el dormitorio.

Liney lo miró pero no dijo nada.

–No voy a decir que me arrepienta de ello. Esos libros fueron mis mejores compañeros en un momento en que me encontraba muy solo.

–¿Cómo pudo dejarte solo? –murmuró ella. Acto seguido alzó la voz–. Cuéntame alguna de esas historias que leíste.

–Una de las que se me quedó grabada en la memoria es de Hawthorne. Se trataba de un hombre al que le desagradaba la marca de nacimiento que tenía su mujer en la cara. Él era un cirujano plástico y ella le pide que le quite la marca, pues piensa que es el único modo de evitar el ir quedándose cada vez más sola. Resulta que acaba matándola, accidentalmente, claro está.

–¡Qué historia más triste! ¿Y por qué te impactó tanto?

–Porque con Char, me sentía como si todo yo fuera una gran marca de nacimiento.

Liney y Raven llevaban paseando y charlando media hora cuando, finalmente, se detuvieron.

Raven respiró profundamente. Olía a salvia, a hierba y a tierra. Sobre las colinas de las montañas Larami, las nubes se tintaban de rosa y naranja, coloreando el atardecer de Wyoming.

–Dicen que las puestas de sol de Los Ángeles son realmente hermosas, pero yo diría que las de Wyoming son mucho mejores –dijo Liney y se adelantó a él–. Entiendo que Dirk se haya venido a vivir aquí. He sido una tonta de pensar que podía convencerlo para que volviera a Los Ángeles.

A Raven le dio un vuelco el corazón.

–¿Estás pensando en quedarte aquí? –no es que él supiera dónde

iba a acabar, pero si ella se quedaba en Wyoming…

Liney se rio.

–No. Mi hogar está en Los Ángeles –de pronto se detuvo.

Raven se paró también.

–¿Ocurre algo?

–Delante de mí –susurró ella.

Se había quedado completamente inmóvil, con la única excepción de una mano temblorosa.

Ella estaba a unos cuantos metros por delante de él. Al mirar por encima del hombro de ella, vio la causa de su temor.

Lo que vio, le puso la carne de gallina.

A lo lejos, en el centro del camino, había un león de las montañas, emitiendo un escalofriante rugido, y con la mirada fija en ella.

–No corras, no hagas ningún movimiento brusco y no te des la vuelta. Retrocede lentamente.

Liney comenzó a dar pasos para atrás, sin perder de vista al animal. De pronto, se tropezó ligeramente con una roca.

El león se movió hacia delante.

Liney se quedó inmóvil.

–No te detengas –le aconsejó Raven–. Continúa.

Liney, que estaba temblando, dio un paso para atrás y luego otro. El animal movió la cabeza y miró a Raven.

–Sigue, sigue –le aconsejó Raven, dispuesto a ponerse entre ella y el animal–. En cuanto yo cuente tres, tienes que alzar los brazos y ponerte a gritar.

–¿Estás de broma?

–Uno, dos

El león también dio un paso, como si estuviera ejecutando una danza macabra con Liney.

–¡Se está moviendo!

–¡Y tres!

Con un rápido movimiento, Raven se puso delante de Liney, alzó los brazos para parecer mucho más alto. Detrás de él, Liney emitió un chirriante sonido gutural.

El animal gruñó y retrocedió. Luego, preparó sus poderosos músculos y se dio a la fuga.

Envuelta en una manta, Liney estaba sentada delante del fuego, temblando. Junto a ella, estaba Cookie, que la rodeaba con sus brazos.

–Has sido muy valiente –dijo Cookie.

–No creas. A quien tengo que darle las gracias es a Raven.

–Él ha sido el héroe de esta historia –dijo Zoom, que estaba de pie, junto al fuego–. Sabía, exactamente, lo que había que hacer con un león de montaña.

Timothy, que estaba a su lado, asintió.

–Sí, él es el héroe –afirmó Liney.

–Esto te hará entrar en calor –Gomer salió de entre las sombras con una botella de whisky.

–Le conseguiré una taza –dijo una voz familiar. Raven, grande y oscuro como un trozo de noche, se iluminó con el fuego.

Liney jamás había visto nada tan magnífico como aquella imponente imagen. Parecía un dios, rodeado de su aura mítica, caminando entre los mortales.

Raven agarró una taza y echó whisky dentro.

Cookie sonrió.

–Incluso después de lo que ha pasado, tu pelo todavía está bien –bromeó ella.

Liney también sonrió.

–Tal vez debería reemplazar a mi peluquero por un león.

Todo el mundo se rio.

Raven se acercó a ella y le tendió la taza.

–Dale un par de sorbos. Te ayudará a entrar en calor.

–Gracias –dijo ella.

Raven la miró fijamente.

–Eres toda una mujer, Liney.

A ella le gustaba el modo en que sus ojos sonreían.

–Tú sí que eres todo un hombre.

–Gracias a ti.

Liney sintió el corazón inflamado por un sentimiento que ella creía muerto hacía mucho. ¿Acaso estaba enamorada de Raven? La idea le resultaba demasiado intranquilizante, así que prefirió desviar su atención hacia el resto del grupo.

Todos la miraban con cariño. Se habían convertido en mucho más que un equipo. Eran gentes que se conocían entre sí, que habían visto lo mejor y lo peor de cada uno, y que, tras una serie de errores, habían acabado por quedarse con lo bueno.

–Gracias a todos –dijo Liney, sabiendo intuitivamente que la entendían.

Cada uno de ellos asintió y sonrió.

Una hora más tarde, Liney y Raven estaban fuera de la tienda. Envuelta aún en la manta, se volvió para mirarlo. La luna iluminaba su pelo y lo coloreaba con reflejos de color plata.

–Gracias otra vez por haberme salvado la vida –dijo ella.

–Cuando quieras lo repito.

Ella se rio, pero sintió que el corazón se le encogía.

–Todo esto ya ha terminado –dijo–. Te voy a echar de menos, Raven.

–Yo también.

Liney avanzó con la intención de darle un abrazo de despedida. Pero, atraídos por una fuerza magnética, se unieron como dos imanes. La manta cayó al suelo y ella rodeó su cuerpo, sintiéndolo grande, fuerte y poderoso. Sentía que había perdido el control, algo contra lo que la antigua Liney llevaba luchando toda la vida. Pero la nueva Liney se dejó llevar.

Él emitió un gemido que sonaba como un rugido subterráneo.

Con ímpetu, ella jugueteó con la oreja de él, hasta que la atrapó entre los labios.

Su gemido se intensificó. Parecía un animal necesitado. Se apartó unos centímetros y la miró durante unos segundos. Luego la reclamó con un beso hambriento. Ella respondió con idéntica pasión.

Raven hundió los dedos en su pelo, mientras su boca se deleitaba con sus labios.

Ella quería devorarlo, bebérselo. Atrapando su rostro entre las manos, lo besó como si llevara años esperando aquel beso.

Echó la cabeza para atrás y sonrió.

–Me siento como estuviera flotando en el aire.

Él la alzó en brazos y ella rodeó su cintura con las piernas.

Ansiosa por sentir todo su cuerpo, le sacó la camiseta de los pantalones, para quitársela y dejar al descubierto su magnífico torso.

–¿Qué haces?

–Te estoy quitando la camiseta –dijo ella–. Pero se ha enganchado…

–¿Por qué?

–No sé por qué. Se ha debido quedar sujeta en algo…

–Me refiero a por qué me estás quitando la camiseta.

–Porque… porque está cubriendo tu cuerpo.

–¿Qué es lo que quieres, Liney?

–Quitarte la camiseta.

–¿Por qué?

–Para poder tener… ¿sexo?

–¿Es eso todo lo que soy para ti, sexo?

–¡No! –dijo ella–. Te quiero a ti, porque eres el hombre con el que siempre había soñado y pensé que jamás podría llegar a encontrar.

Él la dejó suavemente en el suelo. Se quedaron el uno frente al otro.

–Yo tampoco creía que podría llegar a encontrarte –murmuró él–. Pero yo no quiero sexo.

A Liney le dio un vuelco al estómago.

–¿No?

–No. Lo que quiero es hacer el amor contigo –le susurró al oído.

Él agarró la manta, la sacudió y la puso sobre el suelo. La tomó en sus brazos y la estrechó suavemente.

–Raven –susurró ella, poseída por el dulce aroma de su piel.

–Liney –respondió él–. Abre los ojos –le rogó. Quería mirarla fijamente, no perder el contacto en ningún momento.

Lentamente, ella abrió los párpados y él pudo ver sus ojos, y su alma llena de deseo.

Se puso de rodillas sobre la manta.

–Quiero desnudarte.

La tumbó suavemente y comenzó a quitarle los zapatos.

Ella le acarició el torso con los pies, mientras se reía placenteramente.

Le gustaba sentirse deseado, le hacía sentirse bien, feliz, una extraña felicidad que rayaba en lo doloroso. Aquel dolor venía de un tiempo en que se había sentido rechazado. Pero con Liney, eso se transformaba en otra cosa, en amor y aceptación. ¿Había algo más maravilloso que ser deseado y aceptado por la mujer de sus sueños?

–Te deseo –dijo él–. Creo que te he deseado desde la primera vez que te vi.

–Pero si me dijiste que no querías sexo cuando me conociste.

–Porque pensé que eras…

–Una prostituta, lo sé –ella se rio–. Si tú supieras…

Él esperó, pero ella no terminó la frase.

–¿Qué?

Ella dudo un momento, pero al fin continuó.

–Verás, solo he tenido tres amantes y, la verdad, con ninguno he sentido… bueno, ya sabes.

–Pues prepárate para ver fuegos artificiales –dijo él, esperando una risa.

Pero ella no se rio, solo respiró profundamente y se preparó, tal

y como él le había pedido.

No sabía si iba a poder cumplir su palabra, pero jamás había tenido tantas ganas de complacer a una mujer.

Se tumbó a su lado, dejando que el aroma a vainilla lo envolviera por completo.

La besó y ella lo besó en respuesta, mientras él hundía las manos en su pelo.

–Tómame –le dijo ella, y le rodeó el cuerpo con la pierna.

Aquel gesto fue suficiente para llevarlo más allá del límite.

La agarró y se la sentó encima. Lentamente, le quitó la camiseta, dejando al descubierto la turgencia de sus senos.

–¡Eres preciosa! –le susurró él y los tomó en sus manos. Comenzó a dibujar círculos en torno a sus pezones.

Ella echó la cabeza hacia atrás y gimió.

Raven descendió las manos hasta el pantalón y comenzó a desabrochárselo lentamente, mientras le besaba el cuello. Se arrodilló ante ella y le quitó suavemente los pantalones.

Se quedó completamente desnuda ante él. Nunca antes se había sentido tan expuesta, y no solo físicamente, porque le daba la sensación de que aquel hombre podía llegar a ver dentro de su alma. Pero, a pesar de todo, se sentía a salvo, unida a aquel hombre que tenía delante por algo diferente a lo que había sentido nunca antes.

Se puso de pie, y apartó los pantalones, luego comenzó a acariciarle el pelo.

–¡Dios santo, Liney, cómo te deseo! –la abrazó con fuerza y hundió el rostro entre sus senos suaves y cálidos–. ¡Eres tan hermosa!

Sembró un reguero de besos sobre su vientre, inflamándola de deseo, hasta llegar al monte de su feminidad. Su lengua, húmeda y penetrante, encendió su deseo y le provocó un placer único, hasta que estaba ya casi a punto de estallar.

–Por favor, ahora.

Él se despojó rápidamente de la ropa y dejó al descubierto toda la potencia de su masculinidad.

–Rodéame con las piernas –le rogó él y ella obedeció gustosa, sintiendo la locura de un deseo incontrolable.

–Por favor, Raven, ya.

Se abrió paso dentro de ella delicadamente.

–Sí, cariño, sí –murmuró él.

Juntos, moviéndose al unísono en una danza erótica, fueron haciendo crecer su pasión y su deseo, sin dejar de mirarse a los ojos.

De pronto, un placer único, insuperable, la llenó por completo. Con un grito, llegó al éxtasis final y su cuerpo se convulsionó en olas de placer.

–Coo coo coo.

Raven abrió los ojos y vio un pequeño pájaro sobre la rama del árbol. El pájaro pio una vez más su mensaje matutino, antes de emprender el vuelo.

El recuerdo de la noche compartida con Liney le vino a la memoria, su cuerpo hermoso, desnudo bajo la luz de la luna, su rostro dulce y aquellos grandes ojos que lo miraban llenos de amor. Nunca jamás se había sentido tan completo, tan lleno de vida.

–Te quiero, Liney.

Silencio.

Debería habérselo dicho antes, mientras hacían el amor. No obstante, todavía no era demasiado tarde. Se volvió hacia ella, dispuesto a reparar su error.

Liney no estaba.

Raven se incorporó rápidamente. Aún estaba sobre la manta. Habían dormido abrazados, solo con sus cuerpos dándose calor.

Se levantó y miró en la tienda.

–¿Liney?

La tienda estaba vacía. Se había llevado la maleta.

Volvió a salir y vio, enganchado en la pared de la tienda, un papel escrito a mano.

Querido Raven:

Al levantarme esta mañana, me he dado cuenta de que no soy mejor que Char, porque también he tratado de cambiarte. No tenía ningún derecho a hacerlo. Eres perfecto tal y como eres. ¿Quién era yo para darte charlas sobre «civilización»? Cuando ese león de montaña se disponía a atacarnos, tú salvaste nuestra vida usando tu sentido común y tu inteligencia, no mis discursos sobre arte. Si hubieras usado formas más «civilizadas», seguramente los dos habríamos muerto.

Este viaje me ha enseñado a dejarme llevar por quien soy y confiar en una Liney mucho más dulce.

Lo que ocurrió entre nosotros anoche significa más de lo que jamás te podrás imaginar.

Liney

Raven leyó la carta varias veces. ¿Es que no se había dado cuenta de que le había pedido que lo ayudara a cambiar porque él así lo quería, no porque ella se lo hubiera pedido?

No estaba dispuesto a dejarla escapar sin discutir todo aquello. Seguramente, se habría dirigido al aeropuerto de Cheyenne para tomar el primer avión a Los Ángeles.

A Zoom no le iba a hacer ninguna gracia que su modelo se marchara, pero no podía dejarla ir.

Se vistió a toda prisa y se dirigió hacia su moto, deteniéndose antes en la tienda del fotógrafo.

–Me marcho –comenzó a decir Raven, dispuesto a seguir con su explicación, pero el fotógrafo lo interrumpió.

–Gomer la llevó hace varias horas a Cheyenne –dijo Zoom sin necesidad de aclaración alguna.

Raven se pasó la mano por el pelo.

–Tengo que irme, Zoom. Ella es… –no pudo terminar, sintiendo como si un cuchillo lo atravesara por dentro.

–No te preocupes por las fotos. Tengo material de sobra para el reportaje –Zoom le dio un espontáneo abrazo de hombre a hombre–. Vete a buscarla.

Dos horas más tarde, Raven ya estaba en el aeropuerto de Cheyenne. El edificio era pequeño, así que no podría costarle mucho encontrarla.

La camioneta de Gomer no estaba fuera, así que seguramente estaría sola.

Después de buscar por todas partes, ya empezaba a perder la esperanza de encontrarla, hasta que vio, a lo lejos, un vestido arrugado que se movía entre la multitud. Miró para abajo y vio unos zapatos de Gucci. Solo podía ser ella.

–¡Liney! –gritó y muchas miradas se fijaron en él.

Por fin, ella se volvió y lo miró con aquellos grandes ojos. Abrió la boca como si quisiera decir algo, pero no lo hizo.

Con dos zancadas de gigante, se aproximó a ella y la tomó de los hombros.

–Quédate –le dijo, incapaz de decir nada más. Quería que se quedara con él, toda la vida.

–Mi vuelo –señaló a la puerta–. Estaba a punto de embarcar.

Ninguno de los dos se había dado cuenta de que había una pequeña multitud congregada a su alrededor.

–Cancela el billete y vente conmigo en la moto hasta Los Ángeles.

–¿En la moto?

–Sí. Todavía tienes los pantalones de Belle.

Ella bajó la mirada.

–No puedo ir contigo –le dijo–. Terminarías viviendo en Los Ángeles con otra mujer que ha intentado cambiarte. ¿Y si te sientes de nuevo como una «marca de nacimiento»? No soy mejor que Char.

–No hay comparación posible entre Char y tú, Liney. Además, tú eres la mujer de mi vida, la mujer que quiero junto a mí.

Ella no pudo evitar sonreír.

Él continuó.

–Char me llamó «bestia» y yo renegué de ello. Pero cuando me vi ante el león, tuve que sacar esa «bestia» que hay en mí y me he dado cuenta de que no es algo tan malo. Creo que tengo que aceptar y aprender a amar ese lado mío, en lugar de despreciarlo. Además, como tú misma escribiste, soy perfecto tal y como soy.

Ella sonrió, pero pronto la sonrisa se desvaneció.

–¡Pero tienes que terminar el reportaje!

–Dice Zoom que ya tiene suficientes fotos.

–¿Y tú taller de motos?

–Nunca dije que tuviera que tenerlo aquí, en Wyoming. Me gusta Los Ángeles. Crecí allí y todos mis amigos están allí. Además, necesito una socia para mi negocio.

Liney lo miró interrogante.

–Estaría bien que la tienda tuviera una sección fantástica, con cuentos y figuritas de dragones.

Los ojos de Liney se llenaron de lágrimas.

–¡Mi sueño hecho realidad!

–Lo que tú eres para mí –dijo él.

Una mujer que estaba cerca gimió al ver que Raven la tomaba en sus brazos.

–Te necesito en mi vida, Liney. Cásate conmigo.

–¿Casarnos?

Una anciana le dio a Raven en las costillas.

–Por favor, hijo, dile primero que la quieres.

Raven miró a Liney amorosamente a los ojos.

–Te quiero, Liney, con todo mi corazón.

–Yo… yo también te quiero, Raven.

–¿Te quieres casar conmigo?

Se hizo un silencio sepulcral y la tensión creció en la terminal

del aeropuerto, hasta que al fin, ella respondió.

–Sí.

Un gran aplauso lo llenó todo.

Raven agarró la maleta y, luego la tomó en sus brazos, abrazándola con fuerza.

–Eres mi Cenicienta –le dijo, mientras se dirigía hacia la puerta–. Y yo soy tu príncipe, aunque sea un «príncipe rudo».

Ella sonrió.

–Me gusta esa parte de ti.

Él la apretó contra su pecho.

–Pues eso es lo que vas a tener.

Con la mujer a la que amaba en sus brazos, salió en busca de su carruaje: Macavity.